

Selección



CURTIS GARLAND

LLEGADA DE UN TREN





CURTIS GARLAND

LLEGADA DE UN TREN

SELECCION

TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

418. El regreso de los pájaros, *Lou Carrigan*.

419. El tren de los muertos vivientes, *Ralph Barby*.

420. Terror en el ataúd. Ada Coretti.

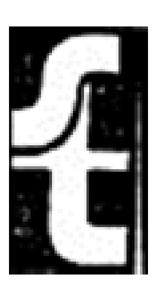
421. Vuelo al valle del miedo, *Clark Carrados*.

422. Función para un solo espectador. *Lou Carrigan.*

CURTIS GARLAND

LLEGADA DE UN TREN

Colección
SELECCION TERROR n.
° 423
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS — MEXICO

ISBN 54-02-02506-4
Depósito legal: B. 4.970-1981

Impreso en España — Printed in Spain

1ª edición: abril. 1981

Concedidos derechos exclusivos a favor de
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Camps y Fabrés, 5..Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. *A*.**
Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona —1981

CAPITULO PRIMERO

El relámpago iluminó fugazmente, con una claridad lívida, el andén de la pequeña estación provinciana. El trueno sonó todavía. Pero el aire olía a sulfuro y a humedad. La lluvia no podía tardar mucho.

El viajero miró su reloj, impaciente. Luego, escudriñó las vías, largas y brillantes bajo la luz solitaria que brillaba en lo alto de una torre metálica, junto a un puente y un depósito de agua, a la entrada de la estación. En otra vía muerta, varios vagones de mercancías permanecían a la espera de alguna carga o del enganche de una locomotora.

La niebla se había diluido en parte momentos antes, arrastrada por unas ráfagas de aire frío y desapacible. Pero eso no significaba ninguna mejoría del tiempo, al parecer. Incluso todavía era visible una ligera bruma a cierta distancia, empañando y emborrando las luces dispersas que centelleaban sobre las vías o en el propio andén.

El reloj iluminado de la estación, estaba parado en las diez y cuarto. El viajero se abotonó mejor la gabardina, subió el cuello y maldijo el descuido de los jefes de estación y de las empresas ferroviarias. A estas horas, hubiese tomado a gusto un café caliente. Ni siquiera estaba abierto el pequeño bar. Y la sala de espera tenía el mismo desolador y gélido aspecto de un panteón. Ni se le ocurrió entrar en ella, para acomodarse en uno de los desnudos asientos de madera, bajo la claridad amarilla de unas bombillas de escasos watios.

Giró la cabeza al oír pasos por el andén húmedo y charolado. Dos viajeros más asomaban en la distancia, maleta en mano. Al menos, no estaba solo en aquel cementerio ferroviario, pensó.

Luego, con cierta sorpresa, advirtió que tampoco había estado solo anteriormente. Una sombra se silueteó en la sala de espera, y un rostro indefinible se dibujó tras los vidrios empacados, oteando el exterior, sin duda en busca del convoy que no llegaba.

— Esos viajeros hubiesen perdido el tren, si éste hubiera llegado puntual —se dijo el solitario paseante, gruñendo entre dientes—. Lleva ya quince minutos de retraso.

Estas cosas no eran desacostumbradas en las pequeñas estaciones ferroviarias inglesas. Las líneas férreas no eran puntuales en absoluto. La famosa puntualidad inglesa era simple leyenda, como tantas otras cosas. Los trenes, además de sucios y destartalados en la mayoría de los casos, eran poco exactos en su horario. Al otro lado del Canal, Francia, sabían bastante de eso, con respecto a los *ferrys* de la *Sea Link*, tan unidos en *puntualidad* a los trenes británicos de cercanías. Los

funcionarios franceses de ferrocarriles acostumbraban a maldecir entre dientes a los colegas ingleses en muchas ocasiones, y con más razón que un santo.

Los dos viajeros rezagados vacilaron ante las puertas cerradas del bar, y parecieron a punto de entrar en la sala de espera. A última hora, resolvieron quedarse en el andén, dirigiéndole una mirada de soslayo.

Otro relámpago desgarró la oscuridad nocturna allá a lo lejos. El sonido del trueno ¡legó del norte. Justamente de la ruta que debían seguir ellos cuando tomaran el tren aquella noche. No era indicio grato ni esperanzador.

Observó a sus compañeros de viaje. Eran un hombre y una mujer, jóvenes ambos. El vestía un impermeable negro y sombrero de igual color, de material igualmente adecuado para las lluvias. Evidentemente, sabía lo que se hacía. Ella lucía una gabardina Burberrys, de color beige, con cuello escocés y su cabello pelirrojo se agitaba con las ráfagas de aire húmedo. Ambos hablaban entre sí en voz baja, con relativa frecuencia, y no parecían demasiado felices. No supo si por el viaje, por la demora del tren o por cuestiones más personales. En realidad, tampoco le importaba.

Se alejó de ellos para no dar la impresión de que era un curioso entrometido. Se quedó contemplando las vías de metal, entrelazadas, perdiéndose en la negra noche, en la niebla y en la nada, como senderos fríos y misteriosos que no conducían a ninguna parte.

Giró la cabeza, sorprendido, al oír el motor de un coche en la cercana carretera vecinal, bordeada de arboleda frondosa, camino de un pueblo inmediato. Los faros de un viejo taxi negro y pesado asomaron en la bruma y se detuvieron, como dos extraños ojos fosforescentes, a escasa distancia de la estructura de la estación. Un hombre bajó del vehículo, pagó al chófer y recogió un maletín, dirigiéndose con rápido paso al andén.

El taxi, con un viraje lento, se alejó de nuevo hacia las lejanas y virtualmente invisibles luces del pueblo. El viajero, un hombre grueso, de mediana edad, solamente abrigado con un chaquetón de napa, se sentó en un banco de la estación, junto a una luz que amarilleaba en la neblina, y trató en vano de leer algo en un diario que comenzó a hojear descuidadamente.

—Buen grupo de viajeros —gruñó para sí el observador, reanudando sus paseos en solitario—. No creí que viajara tanta gente en una noche así, y en un sucio y molesto tren como ése...

De repente se puso rígido. En la distancia había sonado un silbido peculiar, inconfundible. El tren llegaba ya. Con retraso, pero llegaba. Miró en aquella dirección. Entre árboles y matorrales, la luz del faro de una locomotora Diesel fulguró de forma borrosa.

—Ya está aquí —se dijo, inclinándose para tomar su maleta—. Ya era hora.

Se abrió una puerta, cerrada hasta entonces herméticamente. Un empleado uniformado, con la gorra de estación, asomó con una bandera y un farol. Un semáforo ferroviario tornó el rojo, en verde cuando entró en vías el convoy. Se aproximó haciendo temblar los raíles. La luz de la locomotora bañó la estación. Los viajeros parecieron sombras fantasmales, flotando entre neblina, brumas y luz.

Se abrió también la puerta de la sala de espera. Miró el observador viajero hacia allá: Con renovada sorpresa, observó que no era uno solo el viajero que aparecía en el andén, sino dos: un hombre y una mujer. Pero separados entre sí, totalmente ajenos el uno al otro. Ella era rubia. El, moreno, flaco y con un abrigo a cuadros, bastante amplio. Ni se dirigían la palabra. Cada uno tomó una dirección diferente.

El tren entró en la estación. Se detuvo, resoplando, la niebla se arremolinó en torno a las ruedas, como si fuese vapor de una vieja locomotora de otros tiempos, dando la impresión de que era algo vivo que se enroscaba en tomo al convoy para acompañarle en un fantástico viaje a mundos de fantasía y, tal vez, de oscuro horror.

El viajero solitario se encogió de hombros con una sonrisa, encaminándose al único vagón de clase preferente que llevaba el convoy.

—Demasiada imaginación —se dijo a sí mismo, con reproche—. Debo controlar mis ideas. Forma parte de la terapéutica, no hay que olvidarlo...

Al pisar la plataforma, miró con curiosidad atrás.. Los viajeros se habían mostrado sorprendidos ante la parquedad del convoy. Luego, enfilaron el mismo camino que él. Todos viajaban en primera clase, sin duda. Y aquél era el único vagón. Había otros dos de segunda, viejos y destartalados, incluso con vidrios mal ajustados. Ninguno se encaminó hacia ellos.

—Lo lamento —sonó la voz del maquinista, asomando por la ventanilla de la potente máquina Diesel —. Tuvimos una avería al salir. Sólo lleva tres coches. Los de segunda van vacíos. Son inhabitables, la verdad. Fríos, inconfortables, averiados, con los lavabos sin luz ni agua... El interventor les permitiría viajar en primera aun llevando billete de segunda, señores. Suban sin preocupación. El único vagón preferente es confortable, se lo aseguro.

Resultaba un poco desacostumbrado e incluso algo incoherente que un simple maquinista se sirviera opinar y darles instrucciones, pensó el viajero que tomara inicialmente el acceso al vagón de primera clase. Pero ya nada le sorprendía de los trenes de su país. Avanzó por el pasillo en busca de un compartimento de su gusto.

La soledad del vagón le impresionó. Si nadie viajaba en segunda, ¿quién lo hacía en primera? Ni un solo compartimento estaba ocupado. Pasó ante cinco de ellos, totalmente vacíos.

El sexto tenía un solitario ocupante. Vestía un uniforme azul marino, o tal vez negro desvaído, de *conductor* del tren (1[1]). Bajo la gorra de ferroviario, el cabello era totalmente blanco y de considerable longitud. El rostro, pálido y afable, de sonrisa cortés, era largo, anguloso y correcto. Los ojos, de un azul desvaído, casi glauco.

—Por favor, señor, pase —invitó, incorporándose y abriendo la puerta del compartimento—. Es el único compartimento donde funciona la calefacción correctamente… En los demás notaría frío a la larga… Oh, veo que no viene solo. Hay más viajeros…

Contempló a los que subían al tren. Su sonrisa se amplió. Inclinóse, servicial, insistiendo:

—Entren aquí, se lo ruego. Este es el único compartimento confortable. En esta línea viaja poca gente de noche y no está demasiado bien cuidada. Además, tuvimos problemas en Coventry y hubo que desenganchar unos vagones… Pueden pasar, por favor. Es un compartimento cómodo para ocho personas… y veo que ustedes sólo son seis. L calefacción solamente está a tope aquí, y la noche va a ser fría sin duda alguna. Nos espera un buen temporal en cuanto lleguemos a la región de Nottingham…

Los viajeros no parecían deseosos de compartir un mismo compartimento. Se observó claramente su vacilación, la forma en que dudaron, pensando en ir a otros situados más cerca. Sólo el tipo solitario de la sala de espera, el del abrigo a cuadros, optó por rechazar la oferta del interventor del tren.

—Es igual, gracias —manifestó secamente—. Creo que estaré bien en cualquier otro compartimento. No soy friolero.

Y siguió adelante, abriendo la puerta del inmediato y metiéndose en él sin más explicaciones. Cerró la puerta tras de sí, al tiempo que el interventor sonreía,

manifestando con suavidad:

—Como quiera, señor. Cada uno es libre de elegir…

Los otros cinco no dudaron. El calor que desprendía el compartimento abierto era demasiado grato para rechazarlo. Se acomodaron en los confortables asientos mullidos. La ventanilla aparecía cubierta de vaho que hacía imposible distinguir la estación, salvo por la situación de sus blancas luces fantasmales.

El interventor se disculpó, cerrando la puerta y alejándose por el pasillo con movimientos lentos y tranquilos. El viajero observador había notado que era un hombre notablemente alto, aunque al ir algo encorvado, no daba esa impresión.

—Bien… —comentó cerca de él el viajero de chaqueta de napa,

recién llegado a bordo del tardío taxi—. Después de todo, ese hombre tiene razón. Aquí se está muy bien, ¿no es cierto?

Su intento de entablar conversación fácil con los demás no obtuvo demasiado éxito. La muchacha pelirroja asintió con la cabeza, la rubia se mantuvo callada, como sumida en sus propios pensamientos, el hombre del impermeable y sombrero negros gruñó algo que parecía un asentimiento, y él mismo, encogido dentro de su gabardina clara, se limitó a pronunciar un escueto:

—Si, desde luego.

Observó de paso a sus compañeros de viaje, cuyos rostros, bajo la luz vertical que pendía del techo del compartimento, parecían salpicarse con sombras insospechadas, que acentuaban sus facciones.

Las dos mujeres, por puro instinto, atrajeron antes su atención que los hombres. Le gustaban las mujeres bonitas, como a cualquiera. Y estas dos lo eran. Dos diferentes formas de belleza, sin duda. Muy británicas ambas, eso sí.

La pelirroja, de piel suave, pálida y pecosa, tenía ojos verdes, naricilla breve y unos hoyuelos deliciosos en sus mejillas. Al cruzar sus piernas en el asiento probó que no sólo poseía unas bellas pantorrillas, sino unas rodillas perfectas, que no resultan demasiado habituales ni siquiera en las mujeres hermosas, así como un nacimiento sugerente de muslos bien torneados.

La rubia era muy distinta. Más ancha, atlética casi, pelo de un dorado suave y natural, liso y largo, ojos azules algo fríos, facciones ligeramente duras de expresión, nariz recta y boca prieta, de labios delgados y firmes. Una belleza muy de hoy, pero demasiado viril en cierto modo, para el gusto del observador, pese a la prominencia exagerada de sus espléndidos pechos. No pudo juzgar sobre sus piernas, porque llevaba pantalones amplios. A su lado, su compañero de negro parecía más bien un reverendo, si bien la ausencia de cuello vuelto hacia suponer que el impermeable y sombrero negros eran sólo cosa de predilección personal. Cosa rara, porque el tipo era pálido, flaco y algo agrio de expresión, y eso le hacía parecerlo aún más por el contraste con el luto. Observó que sus ojos algo ambiguos llevaban lentes de contacto.

El hombre del chaquetón de napa color marrón era fornido y vigoroso, rostro ancho y saludable, facciones toscas y ojos estrechos, pero parecía cordial y comunicativo. Sus anchas manos nervudas, de dedos cortos y uñas a ras, podían triturar fácilmente lo que estrujara entre ellas.

El tren emitió un silbido. Turbiamente, creyó advertir el viajero que el jefe de estación agitaba su bandera de salida, más allá del vaho de la ventanilla y la neblina de la noche tormentosa. Luego, trepidó el convoy. Empezó a arrancar lentamente.

—Ya nos vamos —dijo innecesariamente el hablador hombre del chaquetón de piel—. Era hora, por todos los demonios.

Nadie le contestó esta vez. Las ruedas giraban sobre la vía. Las luces de la estación desfilaron allá en la noche hasta desaparecer. Un rectángulo negro cubrió la ventanilla. El convoy aceleró la marcha.

La estación provinciana quedó atrás. El tren viajaba ya hacia el norte. Parecía dispuesto a recuperar su retraso, porque pronto estuvo circulando a toda velocidad, con un traqueteo molesto y a la vez adormecedor.

La puerta se abrió de nuevo. Alzaron todos la cabeza. El modo de andar del interventor era tan suave que nadie parecía haberle oído llegar hasta que estuvo en el umbral, con una sonrisa, empuñando su taladro en una mano.

—Billetes, por favor —pidió—. Es simple rutina, entiendan. Sé que todos lo llevan, pero mi misión es ésta.

—No tiene que disculparse —dijo el viajero que tanto observaba a los demás, esbozando una sonrisa y sacando el arrugado billete de un bolsillo de su gabardina —. Usted cumple con su deber, eso es todo.

—Gracias, señor —le miró con una indefinible sonrisa, y taladró el billete mecánicamente, con la frialdad del oficio—. Veo que usted lo entiende.

Siguió su tarea con los demás. Su modo de mirar los billetes era casi relampagueante. Ni siquiera parecía capaz de leer en ellos, con la macilenta luz del compartimento. Pero sin duda no era así, porque hizo un comentario indiferente: —Vaya, es curioso. Todos ustedes viajan hacia un mismo destino.

Se miraron tos cinco viajeros entre sí, con cierta sorpresa. Evidentemente, ninguno había pensado en tal posibilidad. Pero no hubo comentarios. El interventor sonrió, añadiendo al salir, con una leve inclinación de cabeza:

—Voy a revisar el billete del viajero del compartimento vecino. Espero que no se hiele allí esta noche, si se obstina en viajar solo en ese asiento...

Cerró la puerta. Del corredor dejó de llegar un aire frío que confirmaba elocuentemente el fallo del sistema de calefacción del tren. El hombre de la chaqueta de napa se permitió un comentario despectivo:

—Los trenes ingleses son cada vez peores. ¡Pague usted impuestos para esto!

Nadie le replicó ni corroboró su opinión. Era obvio que no resultaban viajeros demasiado habladores. Al advertirlo, el hombre se puso a leer de nuevo el periódico.

—Señor Orwell, va a perder usted su reloj. Se le ha desprendido la correa...

El viajero observador sufrió un sobresalto. Pegó un respingo al oírse llamar por su nombre y miró con asombro a la pelirroja que, con una suave sonrisa, señalaba hacia su muñeca. Comprobó que, en efecto, estaba a punto de soltarse la hebilla, quizá enganchada en algo al subir al tren.

Aseguró el reloj, con una sonrisa, mientras el hombre de negro, su compañero, miraba a la muchacha con una mezcla de disgusto y sorpresa.

—Gracias —dijo el solitario viajero—. Ha sido muy amable, señorita. Pero ¿cómo supo...?

—No soy adivina —rió de buena gana la joven. Señaló a la red, por encima de la cabeza de él—. Su maleta...

Orwell entendió. De su maleta colgaba el portatarjetas de identificación para el equipaje, con su nombre bien visible: Kevin Orwell. Londres.

—Oh, entiendo —asintió—. Qué tonto soy. Imaginé que era usted una superdotada mentalmente y podía leer en las mentes ajenas.

—Le aseguro que no es así —ella volvió a reír—. Soy de lo más normal, palabra.

—Ya basta, Hazel —cortó el del impermeable negro—. Hablas demasiado a veces.

Ella pareció intimidada por las palabras de su compañero. Kevin Orwell giró su cabeza hacia el tipo de luto, molesto por el comentario. Pero éste ni le miraba. Estaba cabizbajo, huraño, contemplando con interés aparente el tapizado del suelo del vagón y sus zapatos puntiagudos, también negros.

—No te pongas así —habló ahora la pelirroja, algo disgustada por el tono de su amigo—. Sabes que no me gustan las órdenes, Osmond.

El gruñó algo ininteligible, y nada más. Orwell se dijo: «Ya sé algo más de estos curiosas compañeros míos de viaje. Ella se llama Hazel. Bonito nombre. El, Osmond. Poco corriente. Es un tipo desagradable. Grosero, incluso. Diría que tiene algún ascendente sobre ella. La domina. Ella no parece temerle. Pero tampoco es capaz de desobediencia.»

Una repentina luz violenta centelleó allá fuera. La ventana se cubrió de claridad cegadora, agria y molesta. La mujer rubia emitió un leve grito ronco de sobresalto. Se cubrió el rostro, como si tuviera terror a los relámpagos. El trueno hizo temblar el tren y vibrar los vidrios de las ventanillas y puertas. La tormenta estaba ya mucho más cercana.

Confirmando tal punto, comenzó a llover de súbito. Gruesos goterones batieron con fuerza la ventanilla. El hombre del chaquetón hizo otro comentario irritado:

—Ya lo sabía yo. Vamos a metemos de lleno en plano temporal.

Viajar en esta época del año por el norte de Inglaterra es como ir derecho al infierno.

—¿Entonces por qué viaja usted? —refunfuñó el de negro, malhumorado, sin volverse siquiera hacia él.

—Supongo que como todos ustedes —se encogió de hombros el otro, sin darse por ofendido—. Porque no tengo más remedio. La vida es como nosotras queremos, sino como hemos de vivirla.

—Y la muerte supongo que también es así —sentenció Orwell, irónico.

Casi se arrepintió en seguida de lo que había dicho. Le miraron todos de un modo raro, como si su comentario no les gustase lo más mínimo.

—Eso no tuvo gracia, señor Orwell —replicó el de las prendas negras.

—La muerte nunca tiene gracia —admitió el viajero más joven del grupo, encogiéndose de hombros a su vez—. Ni pretendí hacer un chiste. Dije algo muy cierto. Vivimos una existencia que no siempre es de nuestro gusto. Y cuando hemos de morir, tampoco nos complace hacerlo.

—Eso es bien cierto, mi querido señor —terció una suave voz desde la puerta.

Todos miraron hacia allí, con sobresalto. En el umbral, de nuevo, sonriente y amable, se hallaba el interventor del tren, que había llegado y abierto sin ser advertido por nadie del grupo.

—Oh, usted otra vez... —gruñó el irritante hombre del impermeable negro, el llamado Osmond—. ¿Cómo lo hace para llegar sin ser advertido? Siempre logra sobresaltarme...

—Lo siento, señor —se disculpó humildemente el empleado ferroviario—. No volveré a importunarles con mi presencia, si les es molesta.

—No haga caso —terció Orwell, algo belicoso—. Sea bien venido. ¿Desea sentarse con nosotros? Supongo que hacerlo en esos compartimentos debe resultar bastante molesto, con una noche así, y la calefacción averiada. Estoy seguro de que ninguno de estos señores y señoritas tendrá inconveniente en ello.

—Es muy amable, señor —dijo el interventor, con un suspiro, mirándole fijamente. Luego miró a los demás que, en efecto, nada objetaron tras la invitación agresiva de Orwell, y se acomodó prudentemente en el último asienta junto a la puerta —. Todos son muy amables, gradas. Trataré de ser lo menos molesto posible. El resto del tren, en efecto, está helado. Es como una tumba, donde sólo aquí hubiera un poco de vida, de calor humano...

—¿Y el otro viajero? —se interesó la pelirroja Hazel—. ¿Soporta ese frío?

—De momento, así parece. Su abrigo es bueno, pero no creo que aguante mucho tiempo esa temperatura —meneó la cabeza negativamente, y añadió—: No, no es posible soportarla, a menos que uno esté muerto…

Era un comentario trivial. Pero Orwell sintió un leve estremecimiento. No supo si era por el tono que empleó el interventor, o por la forma irónica que tuvo de mirarle a él en ese momento, con sus ojos inexpresivos y muy claros.

Pero de repente, a Kevin Orwell no le gustó haber mencionado a la muerte. Ni que el funcionario de ferrocarriles lo hiciera.

Entonces sonó en el semidesierto tren el grito agudo, desgarrado y horrible.

CAPITULO II

Fue como si una garganta inhumana emitiera tan atroz sonido, desgarrando el silencio solamente roto hasta entonces por el traqueteo monótono del convoy y el trepidar de las vías bajo las ruedas del mismo, en su camino rutinario a través de la noche.

Todos se sobresaltaron inevitablemente. Se miraron entre sí, mudos de terror y de sorpresa. Únicamente el interventor permaneció sereno, impasible, y se limitó a girar la cabeza, mirando hacia un punto del corredor, sin la más leve señal de preocupación o extrañeza.

—Debe ser su compañero de viaje, señores —comentó indiferente —. Hace un momento dormitaba pese al frió. Es posible que haya tenido una pesadilla...

A Kevin Orwell no le pareció suficiente explicación. Temiendo algo peor que un mal sueño, se precipitó fuera del compartimento, apartando con cierta violencia al empleado del tren.

Alcanzó el vecino compartimento, abriendo con energía la puerta de cristales, temiendo enfrentarse de un momento a otro con alguna horrible e insospechada escena que justificara el grito terrible del viajero solitario.

Se encontró solamente con la mirada de éste, fija en él desde un rostro ligeramente pálido y crispado, pero aparte eso totalmente normal. Se enfundaba en su grueso abrigo a cuadros, con el cuello subido. Realmente, hada mucho frío en el resto del vagón. Y su soledad acentuaba esa impresión climática.

—Lo siento, señor —se excusó el viajero—. Creo que les he debido asustar inútilmente...

—Pues sí, lo hizo —miró en tomo, advirtiendo que iodo estaba en orden dentro del compartimento—, ¿Por qué gritó de ese modo?

—No pude evitarlo. Me ocurre a veces. Suelo sufrir de pesadillas Tal vez el frió y la noche inclemente me influyeron en este momento. Apenas si me había adormilado, cuando creí ver algo espantoso ahí, en ese corredor, justamente donde usted está ahora... Algo que me miraba, que me vigilaba...

Orwell se removió ligeramente inquieto. Atribuyó su leve estremecimiento de ahora al clima gélido del maldito vagón.

—¿Qué es lo que vio o creyó ver? —preguntó, algo áspero.

—Una calavera, amigo mío —suspiró el viajero, encogiéndose de hombros con sonrisa escéptica —. Una calavera viviente, un cuerpo humano normal, vestido de negro, pero con el rostro y cráneo

descamado de una calavera, ¿me comprende?

Orwell asintió, incómodo. No era hombre fácil de impresionar. Pero la forma en que aquel hombre extraño y tranquilo explicaba su visión, resultaba menos inquietante.

—¿Está seguro de que realmente *vio* eso? —insistió, escépticamente.

—No, claro que no lo vi —suspiró el otro—. Tuvo que ser, naturalmente, una de mis pesadillas. Ya le digo que dormitaba en ese momento. Abrí mucho los ojos, creo que grité... y no había nada ni nadie ahí cuando pude tener ciara consciencia de los hechos. Como ve, les he molestado inútilmente. Lo lamento muy de veras.

—Eso no tiene importancia —rechazó Orwell cortésmente—, Pero creo que se equivocó al venirse aquí usted solo. ¿Por qué no viene con nosotros al otro compartimento? Allí la temperatura es agradable, y no se encontrará tan solo con sus pesadillas, si éstas se repiten durante el viaje.

—No, gracias —se opuso de nuevo el extraño viajero, meneando negativamente la cabeza con una mueca que podía ser una sonrisa, pero que no lo parecía—. Estoy bien aquí, se lo aseguro. Ya no espero volverles a importunar con mis cosas, señor...

—Orwell —dijo apresuradamente el joven pasajero—. Kevin Orwell.

—Bien, señor Orwell. Puede volver con sus compañeros sin cuidado Detesto el calor excesivo. Después de todo, no voy demasiado lejos, y puedo soportar unas pocas horas con esta temperatura, yendo bien abrigado. Buenas noches.

Era un modo firme de despedirse de él sin más rodeos. Orwell lo aceptó así regresando al otro compartimento. El tren aceleraba ahora en un tramo recto, haciendo más difícil su equilibrio al caminar por el desierto pasillo. La lluvia arreciaba por momentos, haciendo imposible ver nada en el exterior, aunque tampoco hubiera sido probable la visión dada la profunda, total oscuridad del paisaje. Sólo en un determinado instante, desfilaron vertiginosas las luces de un apeadero en el que no se detuvo el tren, y sólo les fue posible captar a través de la cortina de lluvia que corría torrencialmente sobre los cristales de las ventanillas, el simple halo de las luces lechosas y escasas, pronto engullidas por las profundas sombras nocturnas.

—¿Qué ha sido por fin? —quiso saber el hombre del chaquetón de napa, con curiosidad, alzando su rostro del periódico que leía.

—Como dijo el interventor, una pesadilla —miró en torno, suspiró, sentándose en su asiento, mientras todos le miraban con cierto interés, y añadió con cierta sorpresa — : ¿Por cierto, dónde está el empleado del tren ahora?

—Fue a los lavabos —se quejó el de la chaqueta de piel —. Dice

que no funcionan. Lo que yo decía. Estos trenes son una vergüenza, señores.

Asintió Orwell sin demasiado entusiasmo, y contempló a las dos mujeres. La pelirroja parecía bastante más asustada desde que oyera el grito del viajero del compartimento vecino, que la vigorosa y espléndida rubia, al parecer completamente tranquila y dueña de si en todo momento, igual que el enlutado Osmond, interesado al parecer en contemplar el centelleo frecuente de los relámpagos más allá de la ventanilla.

—Vaya nochecita —comentó el joven Orwell—. Si llego a saberlo, hubiese viajado cualquier otro día.

—¿No tiene ninguna urgencia que motive su viaje? —se interesó e! más locuaz de sus compañeros, guardando el periódico en un bolsillo de la chaqueta de napa.

—No, ninguna —Orwell se encogió de hombros—. Pude haberlo hecho cualquier otro día. Ni siquiera sé por qué tuve que elegir esta fecha para desplazarme.

—Dichoso usted —comentó el otro viajero—. Yo, en cambio, tengo mucha prisa por llegar a mi destino. Me era imposible demorarlo un solo día más. En caso contrario, le aseguro que en la misma estación me hubiera vuelto por donde vine, sin tomar este maldito tren.

—El destino, señores, lo tenemos trazado de antemano. Y lo seguimos sin poder eludirlo, aunque otra sea nuestra voluntad.

Las palabras, graves y contundentes, sorprendieron a todos. Orwell alzó la cabeza. Se quedó mirando al que las había pronunciado.

Era, una vez más, el interventor. Había vuelto a asomarse a la puerta, siempre con su expresión lejana, afable y tranquila. Pero aquel hombre tenía la virtud de intrigar a Orwell.

Sus palabras, sus expresiones, eran como axiomas. Contundentes, precisas, expresaban un fatalismo inexorable. Algo así como si en sus labios todo fuese cierto, verdadero, seguro, sin asomo alguno de duda.

—Yo no creo en el destino —rechazó vivamente ahora el llamado Osmond, el hombre del impermeable negro—. En absoluto. Cada hombre, cada ser humano, se forja su propio destino. Las cosas no están escritas. Las escribimos nosotros mismos.

—¿Está seguro de eso? —el; interventor sonrió burlón—. ¿De veras cree usted que somos dueños absolutos de nuestros actos?

—Totalmente.

—¿Que nada ni nadie puede influir en nuestro comportamiento y. nuestro destino, bueno o malo?

—Exacto, señor —casi mordía, de puro enfado y beligerancia.

—Me temo que se equivoca lamentablemente —suspiró el

interventor meneando su cabeza en sentido negativo.

—Esa será su opinión. Que yo no tengo por qué compartir, naturalmente.

El tal Osmond pegó un respingo en su asiento. Miró con el ceño fruncido al empleado del tren.

—¿Qué dijo? —gruñó—. ¿Cómo sabe mi apellido?

—Señor Ambler, yo sé el apellido de *todos* ustedes —murmuró con tono apacible el extraño empleado, mirándoles uno por uno. Y empezó a enumerar, ante el asombro de todos ellos—: Señoritas Hazel Knox y Shirley Dillman. Señores Osmond Ambler, Kevin Orwell, Ramsay Clemens... y Colin Connery, el viajero del compartimento vecino. ¿Me equivoco en algo?

Un silencio profundo siguió a sus palabras. Todos se miraron entre sí, como buscando una negativa, un gesto de rechazó. No se produjo. El del impermeable negro bramó, airado:

—¿Qué significa esto? ¿Cómo puede nadie saber nuestros nombres?

—Exacto —añadió con frialdad la dama rubia—. ¿Cómo los sabe? ¿Quién es usted?

—Ya saben quién soy: el interventor que comprueba sus billetes en el viaje, señores. Sólo eso. Ustedes vienen de distintos lugares, proceden de sitios diferentes, aunque su punto de destino sea el mismo. ¿Cómo podría yo saber quiénes son, si no fuese porque *sabía* de antemano que todos iban a coincidir en el tren? ¿Cómo le llamaría usted a eso, señor Ambler? ¿No es un destino ajeno a su voluntad el que les ha hecho tomar este tren, precisamente, y no otro?

—Eso es ridículo. Puede que haya espiado usted a todos nosotros por alguna razón que se me escapa, y averiguado los nombres por el medio que sea. Pero eso no significa en absoluto que estemos aquí por gusto de alguien ajeno a nosotros. Sencillamente, si la señorita Knox y yo hacemos este viaje esta noche, es porque nos vemos obligados a ello, porque tenemos prisa por llegar a York.

—¿Cómo? —se sorprendió vivamente el hombre de la chaqueta de napa—. ¿Ha dicho usted York?

—Si —el del impermeable le miró malhumorado—. ¿De qué se sorprende? ¿No vamos todos a! mismo lugar?

—Eso dijo antes el empleado —asintió el llamado Ramsay Clemens con viveza—. Poro., pero es que yo *no voy a York*.

—Ni yo tampoco —confirmó secamente Orwell, volviéndose hacia el interventor, que había vuelto a sentarse junto a la puerta del pasillo, sonriente y distraído —. Mi destino es Newcastle.

—El mío. Darlington —corroboró el de la chaqueta de napa.

—Y el mío Leeds —terció la rubia, estremeciéndose sobresaltada al centellear fuera otro relámpago cercano, cuyo estampido fue casi

seguido a la chispa, evidencia clara de su proximidad.

—En ese caso, ¿por qué dijo usted tal cosa? —se irritó el del impermeable negro, Osmond Ambler, clavando sus ojos agresivos en el empleado—. ¿Se cree usted muy gracioso con sus bromas y sus adivinanzas, y está tratando de tomarnos el pelo a todos, tal vez?

—No, no —rechazó suavemente el interventor con aire apacible —. Nada de eso, señor Ambler. No me burlo nunca de nadie. Y menos de mis viajeros. Soy una persona que hace su trabajo con toda seriedad y respeto, como merece el que viaja en mi tren. Si antes les dije eso, no mentía ni trataba de burlarme de nadie. Es cierto, señores. Total, absolutamente cierto. Todos van al mismo lugar.

—¡Está mintiendo, además de decir tonterías! —protestó la rubia con enfado.

—Señorita Dillman, no miento —replicó el interventor suavemente—. En labios femeninos, ese lenguaje suena, cuando menos, demasiado duro, créame. Yo les ruego que miren detenidamente sus billetes. Verán en ellos que, pese a su voluntad, pese a desear hacer algo, ninguno de ustedes ha sido capaz de trazarse su propio destino, como el señor Ambler afirma que es posible hacer. Miren sus billetes, se lo ruego. En ellos figura su destino, claramente expuesto.

Kevin Orwell, como todos los demás viajeros reunidos en aquel compartimento, extrajo de su bolsillo el cartoncito adquirido en taquilla al iniciar el viaje en la estación de Kings Lynn.

Lo contempló, tras comprobar que era el mismo que previamente marcara el interventor con su taladro.

Lanzó una exclamación de horror. Sus cabellos casi se erizaron en la nuca. Y oyó en torno suyo gritos roncos y exclamaciones de gran sorpresa, al comprobar, sin duda, que el nombre de la estación de destino era el mismo que, inexplicable, fantásticamente, figuraba en su propio billete:

MUERTE

* * *

—¡*Muerte*! —jadeó Osmond, repentinamente lívido—. ¡Estación de destino, Muerte! ¿Qué broma es ésta, maldita sea? ¡No tiene ninguna gracia! ¡Demandaré al taquillero de

Kings Lynn, a la compañía de ferrocarriles, al Ministerio de Transportes, si es preciso!

—Por favor, señor Ambler, usted no demandará a nadie —suspiró

el conductor del extraño tren, con tono apacible—. En la estación adonde nos dirigimos, todo eso carece ya de sentido. Allí, nadie puede demandar nada, créame…

—¿Se ha vuelto usted loco? —bramó Ramsay Clemens, perdida su cordialidad anterior—. Esta es una broma de pésimo gusto, se lo aseguro. No existe en toda Inglaterra ninguna estación, ninguna población o lugar llamado Death (1[2]). Ni siquiera se puede admitir esto como un error.

Señor Clemens, le aseguro que no existe error en ese billete que todos poseen. Ustedes están viajando, realmente, hacia una estación llamada Death. La Muerte es su destino. Y este tren les conduce a ella. Eso es todo.

Hazel Knox se puso a llorar súbitamente. La rubia estaba pálida y su gesto era furioso. Los poderosos pechos le palpitaban agitadamente, con temblores casi voluptuosos, tal vez por su tamaño desusado y le reciedumbre de sus generosos volúmenes.

—¿Lo ve? —protestó airadamente el del impermeable negro, incorporándose furioso, al ver llorar a su compañera—. ¡Ha logrado asustarla con sus malditas bromas macabras, sucio bastardo!

Y se precipitó sobre el interventor ferroviario, antes de que ninguno de los demás viajeros tuviese tiempo de intervenir para evitarlo. Solamente Orwell alargó sus brazos en un esfuerzo tardío por impedir el enfrentamiento, pero no logró sino frenar en parte los ímpetus exaltados de Osmond Ambler.

Apenas éste hubo puesto sus manos sobre el uniforme oscuro del empleado del tren, sucedió lo demás.

De nuevo un alarido ronco y angustiado brotó de alguna parte del vagón, sin duda de boca del solitario Colin Connery, su vecino del abrigo a cuadros, pero esta vez coincidiendo con el formidable centelleo de una chispa eléctrica que, sin duda, cayó sobre el propio convoy.

Este tembló violentamente, se agitó en las vías, mientras restallaba el trueno espantosamente, dentro del vagón, destrozándose los cristales de ventanillas y puertas, zarandeando a todos ellos con violencia, hasta golpear los asientos y pare des, en confuso montón, y extinguiéndose toda la luz del convoy, que quedó sumido en una oscuridad total, absoluta.

Pero antes de extinguirse las luces, en el instante preciso en que el relámpago y el estallido del trueno coincidían en su impacto sobre el tren, los ojos alucinados de Kevin Orwell, fijos en el interventor y en el hombre que había intentado agredirle, contemplaron la más espantosa e increíble visión que un ser humano en su sano juicio hubiese podido imaginar jamás.

¡A la luz cárdena del relámpago y de la última claridad eléctrica

existente en el vagón, Orwell estuvo totalmente seguro de haber visto el rostro anguloso del interventor, convertido en la descarnada faz de una calavera!

CAPITULO III

En la confusa oscuridad. Kevin Orwell notó la proximidad de un contacto físico, y alargó sus manos, palpando para identificar aquel roce. Les retiró vivamente, cuando sus dedos abarcaron dos turgencias, duras y exultantes, que sólo ceñía un tejido liviano, separándolo de sus dedos.

«Diablo pensó —avergonzado—. Creo que acabo de tocar los senos de la muchacha rubia...»

Ella no objetó nada, sin embargo. Y, lo que era más curioso, tampoco se despegó en exceso de él. Orwell notó contra sus piernas la presión de unos muslos femeninos, tan macizos y sugestivos como los pechos. Cerca de su rostro, el aliento de una boca de mujer le rozó al sonar apagado, susurrante. Estuvo seguro que, de mover la cabeza ligeramente, besaría sin dificultad los labios de Shirley Dillman, la vigorosa mujer rubia. Y posiblemente, ella no iba a rechazarle, a juzgar por su pasividad actual ante el contacto de sus cuerpos tendidos sobre un asiento del compartimento.

—¿Se encuentra bien? —jadeó en voz baja Kevin, tratando de evitar un súbito e inesperado romance con la desconocida.

—Sí, gracias —¿era imaginación suya, o la voz de ella reflejó en ese momento cierto grado de decepción? Creo que no me he roto nada, si se refiere a eso.

Y notó que ella se incorporaba. Para lo cual, quizá por mero accidente o quizá no. sintió contra su rostro la presión de los poderosos globos de la hembra, elevándose lentamente, hasta rebasar sus cabellos.

Los roces con el cuerpo femenino cesaron. Orwell respiró aliviado. A nadie podía amargarle un dulce, pensó. Pero la situación y el lugar no eran los más idóneos para aventurarse a una posible conquista. Todavía recordaba el formidable trallazo de la chispa eléctrica sobre el convoy, el frenazo violento de éste, la desaparición súbita de las luces eléctricas en el vagón... y, sobre todo, la increíble, fugaz visión de un rostro dantesco: el de la propia Muerte, en lugar de la cara angulosa, amable y tranquila del extraño interventor del tren.

¿Había sido imaginación suya ese hecho? Tal vez la pesadilla del viajero solitario, Colin Connery, le había impresionado en exceso.

Tenía que ser eso, sin duda.

¡Connery!

El nombre le recordó algo, de inmediato, en tanto sus restantes compañeros de asiento se ponían ya en pie en plena oscuridad, entre lamentos o maldiciones, según los casos, aunque aparentemente todos sanos y salvos. Había habido algo más al caer el rayo sobre ellos: un grito. Un segundo grito, procedente de *otro* lugar del vagón. Y el único ser viviente en éste, aparte ellos cinco y el empleado, era Colin Connery, el viajero que ocupaba el compartimento vecino.

Se dirigió a tientas a la salida del angosto recinto en sombras, guiándose por un destello blancuzco que, de pronto, habían captado sus ojos, habituados a la repentina oscuridad, allá en la noche surcada por la lluvia y por relámpagos ya más distantes y débiles. Ese destello blancuzco, quizá de alguna luz de situación en las vías ferroviarias, pro venia de una ventanilla del pasillo. Y guiándose por esa leve claridad difusa, que hacía brillar cristalinamente los regueros de agua en los vidrios, caminó hacía el corredor, diciendo en voz alta:

—¿Han olvidado al señor Connery? Creí oírle gritar cuando cayó el rayo...

—Tenga cuidado —sonó la voz del interventor—. Puede hacerse daño en la oscuridad, señor Orwell.

Kevin se sintió en esos momentos dominado por un extraño y lúgubre sentido del humor. Recordó lo que había oído en boca del singular empleado. Y lo que leyera en el billete ferroviario, para pasmo suyo y de todos los demás.

—Si nuestro destino es la Muerte, ¿qué importa lo que pueda sucederme ahora? No puede haber nada peor que morirse, ¿no es cierto?

Salió al pasillo, logrando abrir la atrancada puerta del compartimento con ciertas dificultades, mientras con tono de amarga ironía, era respondido por el interventor:

— No lo creo, señor Orwell. Hay cosas peores que la misma muerte. Alguna vez las descubrirá, antes de que llegue a su destino final, estoy seguro. Ahora, de momento, lo cierto es que todos ustedes están con vida. Y deben luchar por sobrevivir, sea cual sea ese punto de destino adonde se dirigen. Es posible, señor Orwell, que todavía no sea su hora...

Dejó atrás el compartimento y a sus compañeros de viaje, con el alucinante recuerdo de esas sentencias oscuras y siniestras flotando en el aire y en su propia mente. ¿Quién era aquel hombre que revisaba billetes en un tren nocturno rumbo a una estación que no podía existir? ¿Por qué hablaba así? ¿Qué quería decir con sus oscuras y equívocas palabras?

¿Le había visto *realmente*, convertido en una calavera viviente?

Olvidó todo eso al llegar al compartimento vecino. Prendió su encendedor a gas, y la llama reveló la presencia de Colin Connery retrepado confortablemente en el asiento, como si nada hubiera sucedido y el tren continuase normalmente su marcha.

Orwell se inclinó. Le miró más atentamente. Colin Connery le contemplaba a su vez con fijeza, sin pestañear, impasible y tranquilo.

Había razones para ello. Aquel hombre estaba muerto.

* * *

¡Muerto!

—Eso dije. Colin Connery ha muerto en el compartimento. Sin señales de violencia, salvo un hililllo de sangre que brota de sus labios y corre por la comisura de la boca — afirmó Orwell, todavía pálido y desencajado—. No sé qué sucedió. Pero la muerte lo sorprendió apaciblemente. No hay terror ni angustia en su rostro. Está sereno, con la mirada vidriosa.

Siguió un profundo silencio en el compartimento. El hombre de la chaqueta de napa había abierto su maleta, sacando una lámpara eléctrica bastante póteme, con la que ahora se iluminaba el compartimento. Orwell miró en torno, preocupado.

—¿Dónde está ese hombre? —quiso saber.

—¿El interventor? —era ella quien respondía, la rubia Shirley Dillman, fijando su mirada en él. Al asentir Orwell con la cabeza, ella añadió —: Salió tras de usted, cuando iba a ver lo que le pasaba a ese otro viajero. Creo que iba a comprobar el estado del maquinista, según dijo.

—Oh, sí el maquinista —refunfuñó Osmond Ambler, malhumorado—. Si le ocurre algo, nos quedaremos aquí sin remedio toda la noche.

—Y si le ha ocurrido al tren, también —corroboró el del chaquetón de napa—. Creo que lo más sensato sería salir de aquí y ver qué le sucede exactamente a este tren del diablo.

—No es una mala idea —admitió Orwell, pensativo—. ¿Quién bajará a verlo? Parece que ya llueve menos. Y se ve alguna luz allá fuera. Posiblemente tengamos la fortuna de habernos detenido cerca de alguna estación...

Lo dudo —rechazó secamente Osmond—. Llevo conmigo una guía de ferrocarriles. No figura ninguna estación en este tramo del recorrido.

—Tal vez exista una, señor Ambler —rió el de la chaqueta de cuero, Ramsay Clemens— Death.

—Eso no tiene gracia —se irritó Ambler—, No existe ninguna estación llamada Muerte, todos lo sabemos.

—Pero los billetes están extendidos a ese destino.

—¡Mentira! Ese hombre debe ser un ilusionista, uno de esos farsantes que provocan alucinaciones colectivas. Y nos gastó una fea broma, haciéndonos ver lo que no era. Yo comprobé ese billete en la estación al recogerlo. Y su punto de destino era bien claro: York.

—Mírelo ahora, por favor —pidió Orwell, conciliador—. Tal vez tenga usted razón, después de todo.

Ambler hurgó en sus ropas. Extrajo el cartoncito. Y lanzó un grito de triunfo. Mostró el billete a la luz de la linterna.

—¡Lo sabía! —bramó—. ¿Lo ven todos bien? ¡Mi billete está expedido a York! Mira el tuyo, Hazel, por favor. Y ustedes hagan lo mismo.

Le obedecieron en silencio. La pelirroja, tímidamente, afirmó:

—Aquí pone el nombre de York —confirmó—. Nada de «Muerte».

—Es cierto —aceptó Orwell —. Mi billete está expedido para Newcastle.

—Y el mío para Leeds —afirmó la rubia Shirley.

—Darlington es el nombre que figura *ahora* en mi billete —asintió Clemens, ceñudo—. Tiene usted razón, Ambler. Ese tipo es un farsante y ha estado jugando miserablemente con todos nosotros.

—El rayo no es ningún juego —cortó Orwell, tajante—. Y la muerte del señor Connery, tampoco.

A eso, siguió un profundo silencio. Bruscamente, Ambler se abotonó su negro impermeable y se «dirigió a la salida del compartimento.

—Voy a bajar de este tren —dijo—. Veremos dónde estamos y lo que ocurre al convoy. ¿Alguien me acompaña?

—Yo iré con usted —aceptó Kevin Orwell—. Que el señor Clemens se quede cuidando de las dos señoritas.

—Será un placer —asintió Clemens. Y metiendo la mano en su maleta, extrajo otro objeto mucho más contundente que una lámpara eléctrica. Esta vez empuñaba un revólver negro, calibre 38, que provocó cierto sobresalto en las dos mujeres. El las sonrió, sentándose frente a ellas, con el arma en sus rodillas—. No teman, señoritas. Si saco esto es, precisamente, para cuidar de ustedes. No vacilaré en usar el arma contra quien trate de hacemos daño.

—Va usted muy bien preparado para una emergencia —comentó Ambler con sarcasmo—. ¿Vamos, Orwell?

—Si, vamos —asintió Kevin.

Caminaron los dos hombres por el pasillo, hasta alcanzar la plataforma del .solitario vagón. Al pasar junto al compartimento vecino, ambos echaron una mirada instintiva a la figura inmóvil y

yerta del hombre sentado en el asiento solitario. Connery continuaba allí, y la luz blancuzca del exterior provocaba un desagradable reflejo vidrioso en sus abiertos ojos.

Descendieron los dos escalones metálicos del vagón. Una lluvia fina y persistente mojó sus cabellos y rostro. Miraron en torno.

El panorama no era excesivamente alentador. Habíanse detenido en medio de un extenso campo llano, donde se entrecruzaban las vías en un empalme solitario. Un par de luces blancas, soportadas por postes de hierro, brillaban en la noche, derramando una claridad que las vías de metal distendían hasta casi el negro infinito.

El tren era como una enorme oruga oscura, detenida en las vías, herida de muerte o, como mínimo, aletargada por algún extraño mal. Desde la máquina Diesel, llegaba un acre hedor a aceite y combustible, y una humareda se escapaba de entre sus ruedas.

—Creo que el rayo alcanzó la máquina —comentó Ambler, sombrío—. Tiene señales de estar averiada. Tal vez el pobre diablo que conducía este tren, esté tan muerto como Colin Connery.

—Es posible —admitió Orwell —. Pero al menos, sería una muerte con explicación lógica. La de Connery, no lo es.

—De acuerdo, pero ¿qué puedo decirle yo? —se quejó Ambler, encogiéndose de hombros—. Sé tanto como usted de todo esto...

—Veamos si nuestro amigo el interventor anda por aquí, al menos —señaló Orwell, moviéndose hacia la máquina, a lo largo de las vías.

Ambler le siguió, tras una indecisión. Su modo de mirar al vagón, le hizo comprender a Kevin que el hombre dudaba en dejar sola a su compañera, y alejarse cada vez algo más de ella. Se preguntó si lo que haría por miedo o por conveniencia propia. La muchacha pelirroja no parecía demasiado feliz junto a él, esa era la verdad.

Alcanzaron la máquina. Miró Orwell hacia adelante, pero en la zona había una densa niebla que hacía difícil ver en la distancia. Las vías del ferrocarril se sumergían en esa niebla como en una dimensión desconocida para ellos.

De pronto, el sobresalto les atenazó, helando su corriente sanguínea por un instante. Una sombra humana, silenciosa y extraña, había emergido ante ellos, como brotando de la máquina silenciosa y quieta.

—¿Ustedes aquí, señores? Me alegra que hayan bajado. Lo cierto es que no van a adelantar nada explorando todo esto... —Naturalmente, se trataba del interventor.

—Eso es asunto nuestro —cortó agriamente Ambler— ¿Cómo está el maquinista?

—No está.

—¿Qué?

—Sencillamente eso: no está. No hay rastro de él dentro de la

máquina. Ni por parte alguna.

—¡Pero eso no es posible! —protestó Osmond Ambler—. ¡Tiene que estar por alguna parte!

—Pueden subir a la locomotora y revisarla. Les aseguro que no encontrarán a nadie. Ni vivo ni muerto.

—Colin Connery si está muerto —comentó ásperamente Orwell, mirando el interventor con expresión agria.

—Lo sé —afirmó cansadamente el empleado—. El ya llegó a su destino...

—¡Déjese de estupideces! —aulló Ambler—. ¡Nos engañó a todos! ¡Nuestros billetes no tienen escrita la palabra «Muerte» en absoluto, acabamos de comprobarlo! ¿Quién es usted, realmente, y qué diablos de sucio juego es el suyo?

El empleado le miraba con cierto aire de tristeza, como lamentando aquel tono violento y desabrido con que el viajero se expresaba. Su respuesta fue simple y suave, como siempre:

—Usted vio la verdad en su billete, señor Ambler, eso es todo. Todos somos capaces de ver esa verdad en una ocasión cuando menos. Luego, no imponga lo que queramos ver y lo que pensemos que estamos viendo. Esa es la mentira. La realidad está ahí. Usted sigue su viaje, como todos. Y su destino final es el mismo. El de todos los humanos: la muerte.

—¡Todos hemos de morir tarde o temprano! —rugió Ambler—. ¡Pero este tren no tiene por qué ser el vehículo hacia la muerte!

—Quizá —se encogió de hombros el funcionario ambigua mente —. Quizá, señor Ambler. Yo no digo nada. Mi misión únicamente es comprobar sus billetes, ver que siguen la ruta correcta. Eso es lo que he hecho.

—Su misión, de todos modos, es también que sigamos viaje de un modo u otro — Ambler hizo un gesto amplio, señalando en torno. ¿Y qué hacemos aquí? Un tren detenido, inmóvil. Perdidos en plena noche, bajo la lluvia, en un lugar desconocido y solitario. Y ni siquiera sabe usted dónde está el maquinista de este tren.

—Creo que en un caso así, la Compañía lo único que puede ofrecer a los viajeros es un alojamiento provisional que les guarezca de las inclemencias del tiempo, a la espera de un tren de socorro o de un medio razonable de proseguir viaje con el mismo convoy.

—¿Y cuál es ese alojamiento? —replicó sarcástico Osmond Ambler—. Por lo que veo, sólo hay campo y vías férreas a nuestro alrededor.

—Y una estación, señor Ambler —sonrió suavemente el interventor—. Y una estación. O un apeadero, como prefiera llamarlo...

Hizo un ademán. Su brazo derecho señaló hacia la niebla. Esta

había comenzado a disiparse con sorprendente rapidez, a juicio de Orwell, si bien jirones de ella serpenteaban todavía, lamiendo las vías iluminadas, como extrañas sierpes de humo viscoso.

Unas luces macilentas, de color amarillo, se dibujaron en la oscuridad situada más allá de la niebla. Luces de viejas bombillas sucias, protegidas por oscilantes y mugrientas pantallas de vidrio. El aire húmedo y la lluvia batían sobre ellas, provocándoles un bailoteo lúgubre.

Era verdad. Allí había algo, ya fuese una estación o un apeadero. Ambler pareció sorprendido y confuso. Contempló con aire perplejo el andén alargado, desierto, la edificación de vieja madera pintada de un color claro desvaído, el estrecho porcheado y una valla también de madera a su final, conduciendo a un pequeño bloque destinado a servicios sanitarios. De la comisa de la pequeña estación, se había desprendido incluso el nombre de la misma. Dos argollas de hierro oxidado colgaban, revelando su ausencia.

Había dos puertas cerradas y oscuras en el andén, así como otra iluminada. Tras una vidriera sucia y polvorienta, brillaba una lucecita amarilla en alguna estancia, al abrigo de la intemperie. Un rótulo, sobre la puerta, revelaba la naturaleza de ese recinto: «Sala de espera».

—¿Qué sitio es ése? —rezongó malhumorado Ambler—. No hay ninguna estación ni apeadero en esta zona, lo sé. No figura en la guía de ferrocarriles.

—Evidentemente, su guía no es de fiar —sonrió apaciblemente el empleado—. Verá, por si mismo que sí existe una estación.

—¿Y si es una nueva alucinación, un engaño visual de los suyos, señor ilusionista? —le replicó acremente Ambler.

—Le aseguro que no tengo nada de ilusionista —rechazó el empleado meneando la cabeza con lentitud —. Por favor, creo que pueden comprobar por sí mismos que ese apeadero existe realmente. Está ahí. Es sólido, tangible. Tal vez esté en desuso, por lo cual las nuevas guías ferroviarias no lo incluyen. Pero es obvio que existe. No hay lámparas maravillosas que puedan hacer material lo que no existe. Vengan, se lo mego.

Echó a andar delante de ellos. La alta figura del interventor era como una sombra estirada, recortándose contra la niebla gris y las luces amarillentas, tristes y tétricas. Orwell y Ambler se miraron, indecisos. Fue Kevin quien dio el primer paso. El hombre del impermeable negro hundió sus manos en los bolsillos y le siguió, comentando entre dientes:

— Me gustaría tener ahora el revólver de ese hombre en mis manos...

La voz del empleado del tren les llegó sin que este se volviera ni

un instante hacia ellos:

—¿De qué sirve un revólver cuando la Muerte viene a por su presa, señor Ambler? Puede defenderse de un enemigo físico, violento. Pero no de la visita de la Parca...

Ambler juró entre dientes algo ininteligible. Orwell miró atrás, al tren en sombras, que parecía irse quedando envuelto en la niebla a medida que se alejaban hacia la estación.

Al pisar el andén, palpó los muros de madera, los postes del porche. Oteó el interior de la sala de espera. Vio bancos desnudos, una estufa vieja de hierro, paredes desconchadas con viejos afiches de propaganda turística. Todo le pareció enormemente real y sólido.

—Creo que este hombre tiene razón —arguyó—. La estación existe. Y puede servirnos para esperar el nuevo día o la llegada de socorros, con cierta comodidad que no habrá en e. tren, dada la baja temperatura y la ausencia de fluido eléctrico. Personalmente, opino que deben recogerse los equipajes, acomodarnos en esa sala, y esperar ahí la ¡legada de socorros. Con madera, simplemente, se puede hacer arder la estufa confortablemente. Yo llevo un brote de café liofilizado en mi maleta.

—Y yo una botella de brandy —gruñó Ambler—, Está bien. Nos acomodaremos aquí. Pero haría falta que alguien tuviese también algo sólido para comer...

—Yo tengo emparedados en mi caja de trabajo —señaló el empleado—. Al parecer no hay nadie en este apeadero para ayudarnos, pero el señor Orwell tiene razón. Será mejor acomodarnos todos aquí, a la espera de ayuda.

—Voy a buscar a Shirley —dijo Osmond Ambler con viveza iniciando la retirada—, ¿Se queda usted. Orwell?

—Si —asintió él, tras una vacilación—. Por favor, traigan mi maleta. Es todo lo que llevo conmigo. No pesa mucho. Mientras, yo reuniré maderas y prepararé la estufa para hacer confortable la sala de espera, intentando combatir el frío húmedo que, sin duda, se habrá acumulado en ella en este periodo de abandono.

—Dios quiera que hagamos bien quedándonos aquí —farfulló entre dientes Ambler, perdiéndose en la neblina, negro como la misma noche.

Orwell y el hombre del ferrocarril se quedaron solos bajo una de las amarillas luces bamboleantes que colgaban del techo de la estación abandonada. Se miraron el uno al otro durante unos momentos de silencio y calma absolutos. Ni siquiera las pisadas de Osmond Ambler eran ya audibles desde allí.

—¿En qué está pensando, señor Orwell? —sonrió enigmáticamente el interventor, mirando muy fijo al joven viajero con el que permanecía ahora solo en el andén de la desierta estación.

—¿Usted qué cree? —replicó a su vez Kevin.

—Puedo decírselo. Está asustado.

—¿De qué?

—De todo. Del rayo que paró ese tren, de esta estación, de la muerte de Colin Connery, del billete de ferrocarril con destino a la Muerte... y de mí.

—¿De usted? —replicó Orwell.

—Si, ¿por qué no? —sonrió de nuevo el empleado, irónico—. ¿Qué teme de mí?

—No he dicho que tema nada.

—No. Lo dije yo. Es posible que me tenga miedo o tan sólo aprensión. En mucho, sus temores dependen de usted mismo. Y de sus culpas.

—¿Qué ciase de culpas? —quiso saber Orwell—. Si vamos hacia la muerte, esto podría ser un balance de pecados y virtudes.

—Podría serlo. Pero usted aún está vivo. Cinco personas viajan hacia su destino. Le diré algo, señor Orwell. Al final del viaje, sólo una, máximo dos, vivirán. Las demás habrán llegado a término. Con todo lo que ello implica.

—Quedamos cinco viajeros. Y usted. ¿Sólo uno o dos sobrevivirán?

—Si. Como máximo.

—¿Se cuenta usted?

—No. Yo, no. No cuento.

—¿Quién es usted?

—¿Usted qué cree? —rió apagadamente el ferroviario.

—No sé qué pensar. Podría ser... la Muerte.

—O la Vida.

—¿La Vida para quién?

—Para uno o dos de ustedes, recuérdelo. Para los inocentes tan sólo. La Muerte para los demás. Para los culpables.

—Inocentes... culpables... *¿de qué*?

El empleado del tren pasó por el andén solitario. Las maderas del suelo crujían. Se apoyó en la puerta de la sala de espera. La forzó. Con un chirrido agrio, cedió el pestillo. La puerta se abrió entre crujidos y revoloteo de polvo y suciedad. Un vaho fétido, de humedad, frió y abandono, llegó del interior, desolado como una amplia tumba, como una cripta iluminada por una triste bombilla colgada de un alto techo mugriento.

—Inocentes... culpables... —repitió despacio, ambiguo y como divagando—. Buena pregunta, señor Orwell. Casi me hace pensar que usted es de los primeros. Pero no puedo asegurarlo. Ni siquiera yo mismo podría hacerlo, porque hay cosas que ignoro todavía. Pero ha puesto el dedo en la llaga. Ha utilizado las palabras justas. Inocentes y

culpables, sí. En ese tren que va hacia su destino irremediable, hay de ambas cosas: inocentes y culpables. Unos vivirán. Otros, pagarán su culpa. Está escrito. Recuerde que el destino, *su* destino, señor Orwell, como el de los demás, está trazado de antemano, diga lo que diga el señor Ambler.

—Insisto. Culpables o inocentes ¿de qué?

—De un crimen, señor Orwell.

—¿Un… *crimen*?

—Sí. Un viejo crimen nunca resuelto, nunca aclarado. Ocurrió aquí.

—¿Aquí?

—Cerca de aquí, para ser exactos. Muy cerca. Y usted, señor Orwell… *usted pudo ser el asesino*. Cualquiera pudo serlo. Cualquiera de ustedes, claro está…

CAPITULO IV

Era como una rara procesión de fantasmas.

Sombras confusas y lentas, brotando de una niebla y de una oscuridad que parecía el umbral mismo de la eternidad. Cuatro sombras. Bulto? en sus manos. Movimientos cansados, aire abatido.

Eran ellos. Los viajeros: Hazel Knox y Shirley Dillman, Osmond Ambler y Ramsay Clemens. Todos traían su equipaje. Y Ambler la maleta de Orwell, por añadidura.

Entraron en la sala de espera uno a uno, con aire absorto e inquieto. Miraron las paredes húmedas y sucias, los jirones de afiches turísticos y propaganda de los trenes británicos.

La posible sensación de inhospitalidad que poseía la amplia sala, destartalada, sucia, de asientos de madera viejos y desnudos, quedaban en parte compensada con el calor que despedía la estufa en medio de la sala, ya ardiendo en su interior una serie de tablas y astillas que expandían su calor por el recinto.

—Oh, esto es diferente —suspiró la rubia Shirley Dillman, frotándose las manos cerca de la estufa, tras dejar sus bultos en un largo asiento—. El tren empezaba a ser un frigorífico.

—O una tumba —objetó con acritud Ramsay Clemens, quitándose su chaqueta de piel para tenderse perezosamente en otro asiento, no lejos del calor de la estufa.

—Creo que podríamos preparar un refrigerio de momento —apuntó Ambler—, Con su café, los emparedados del interventor y mi brandy, creo que bastará.

Yo llevo unas bolsas de embutidos y algo de galletas también apoyó Clemens—, ¿A qué esperamos para reponer fuerzas, por todos los diablos?

—Es una buena idea —aceptó Orwell, tras comprobar que la estufa iba a mejor. Por unos momentos, todo parecía allí absolutamente normal. Demasiado normal, incluso. Y, sin embargo, quizá nadie olvidaba que había un hombre misteriosamente muerto en el tren detenido, que el conductor de la locomotora había desaparecido sin dejar rastro, y que un inquietante y extraño revisor de trenes compartía con ellos la estancia en una desolada estación que nadie recordaba existiera en aquel punto de la línea.

Además, había un crimen por medio.

Un viejo crimen, mencionado por el interventor. Ocurrido cerca de allí, al parecer. Y del que cualquiera podía ser culpable. Cualquiera de ellos, claro está.

Kevin Orwell, mientras ayudaba a preparar el frugal refrigerio, y

hervía el agua en un viejo pote hallado en alguna parte y puesto al fuego de la estufa, para preparar unas porciones de café caliente, pensaba en todo eso. Y miraba de soslayo, precavidamente, a sus cuatro compañeros de viaje. Dos hombres y dos mujeres. ¿Podía ser alguno de ellos culpable de un crimen?

¿Existía realmente ese crimen, o era otra creación fantasmagórica del inquietante personaje empleado de ferrocarril?

Y si era así, ¿qué papel representaba él en la farsa? No recordaba haber sido jamás culpable de la muerte de nadie. Al menos, conscientemente. Arrugó el ceño. La palabra le inquietó. *Conscientemente…*

¿Cómo podía asegurar él que nunca mató a nadie? Era horrible, pero ni siquiera podía convencerse a sí mismo de su inocencia. Por la sencilla razón de que su propia consciencia tenía un lapso en blanco que no le era posible llenar… — ¿En qué está pensando? ¿Le preocupa algo?

Giró la cabeza. Se sorprendió de que ella le hablase. Buscó con la mirada por la inhóspita sala de espera y comprendió No se veía el impermeable negro de Osmond Ambler por parte alguna. La muchacha pelirroja, Hazel Knox, estaba sola. Ella entendió la razón de su mirada. Sonrió con cierta timidez., como asustada.

—El se ha ido al tren de nuevo —suspiró—. Recordó de pronto que se había dejado allí una pequeña bolsa con útiles personales. No tardará.

—Entiendo —asintió Orwell—. ¿El la domina tanto?

—Es un poco raro. No le gusta que hable con desconocidos.

—¿Sólo eso?

—¿Por qué habría de haber más? —se removió ella inquietante, pestañeando.

—Pero lo hay, ¿no?

—Si, —suspiró la joven, bajando la mirada —. Es… es muy posesivo.

—No es su marido.

—No.

—¿Su novio?

—En cierto modo.

—¿Amante? Es una pregunta indiscreta pero…

—Es mi amante, si —aceptó ella, volviendo a mirarle con franqueza.

—Yo he tenido una amante hasta hace poco —sonrió Orwell— Pero no la llevaba como si fuese mi sierva y esclava.

—Usted es diferente —sonrió dulcemente también ella.

—No me gustaría ser como su Osmond, la verdad. ¿A qué se dedica él?

—Es fotógrafo de arte Muy bueno. Tiene mucho prestigio en su especialidad. — ¿Y usted?

—Fui... fui enfermera. Ahora no trabajo. También he sido secretaria en consultas médicas de Londres.

—¿Por qué no lo dijo en el tren? Hubiese podido examinar al muerto para tratar de ver algo más que nosotros.

—Me aterra la muerte —se estremeció ella, mordiéndose el labio inferior con un escalofrío—. Creo que por eso no volveré a ser enfermera nunca más. —Ya veo. Lamento haberlo mencionado, señorita Knox.

—Oh, no tiene importancia, no se preocupe. Su comentario era lógico —ella le miró con fijeza —. Aún no me ha contestado a mi pregunta, señor Orwell. ¿Le preocupa algo?

—Me preocupa todo. Todo esto que nos rodea. El viaje, el rayo sobre el tren, la muerte de Connery, la desaparición del maquinista, este apeadero vacío, la visión que tuvimos de nuestros billetes, con el nombre de una estación que no existe...

—Dios mío... —se estremeció ella—. Aún siento helada mi sangre al recordarlo. Yo *vi* perfectamente esa palabra en el billete, digan lo que digan los otros.

—Yo también, señorita Dillman, si eso la convence de que no estamos locos.

—Locos... —ella dio un paso atrás, repentinamente angustiada, con una rara expresión de horror en sus ojos bellos y profundos—. ¿Por qué dijo *eso*, señor Orwell?

—¿Qué? ¿La palabra «locos»? —se encogió de hombros el joven — . No sé. Acostumbran a llamar así a los que ven cosas que no son. ¿Por qué le asusta a usted esa mención?

—No, por nada... —le seguía mirando con fijeza, todavía bajo la impresión de algo que sólo ella sabía—. Son recuerdos que vienen a mi mente. Recuerdos ingratos, penosos, de una época de mi vida... Dios mío, me pregunto si...

Se detuvo, sin añadir más. Orwell esperaba en vano. Trató de animarla:

—¿Qué se pregunta, señorita Knox?

—Olvídelo —suspiró ella, meneando su pelirroja cabecita en sentido negativo—. Es lo mejor. Ya hay bastantes motivos de inquietud y desasosiego en iodo este ambiente, para complicarlo con nuevas cuestiones...

En aquel instante, la voz agria, chirriante, cortó la conversación con la fuerza de un áspero trallazo:

—¡Hazel! ¿Quién le ha dado permiso para hablar con un extraño de ese modo?

Ella palideció. Sufrió un estremecimiento de cierta violencia, y

miró, asustada, hacia la puerta de la sala de espera. Los demás también miraban en esa dirección.

Nadie parecía haber oído llegar a Osmond Ambler. Pero allí estaba. Con su impermeable negro, su sombrero brillante por la lluvia, el rostro encendido y crispado, los ojos fulgurantes, y los nudillos blanqueando al apretar el asa de una pequeña bolsa de cuero.

—Yo... yo sólo preguntaba algo al señor Orwell... —musitó ella ahogadamente.

—Sabes que no tienes que preguntar nada a nadie —se irritó él, cruzando la sala con pisadas firmes.

—Escuche, Ambler, ella no hacía otra cosa que...

—¡Usted se calla, maldito sea! —rugió Ambler, interrumpiendo la excusa de Orwell violentamente—. ¡Nadie le ha pedido aún su opinión en este asunto!

—Pero el asunto me afecta, puesto que era yo quien hablaba con la señorita Knox, y usted ni siquiera ha considerado la posibilidad de que fuese yo quien se dirigiese a ella, y no ella a mí.

—¡Me tiene sin cuidado como sucediera! Ella sabe que no tiene que hablar con nadie.

—Ambler, es usted una persona tan desagradable como grotesca —cortó tajante Orwell, encarándose a él—. Me molestan los tipos como usted.

—¿Qué es lo que ha dicho? —los ojos de Ambler sé clavaron en él, agresivos.

—Creo que me ha oído usted perfectamente, lo mismo que todos los demás. Y si quiere, le repetiré mis palabras para que se convenza de ello.

— Por favor, no —rogó vivamente Hazel Knox—, No haga eso. No empeore más las cosas...

—Tú cierra la boca, estúpida —se enfureció Ambler, apartándola con brusquedad y dirigiéndose en derechura a Orwell—. En cuanto a usted, tendrá que pedirme disculpas por lo que ha dicho o...

—¿O qué, Ambler? —rió burlonamente Kevin Orwell—. ¿Piensa asesinarme si no ¡o hago?

Ocurrió algo curioso. La palabra «asesinarme» fue como un mazazo para Osmond Ambler. Se quedó repentinamente rígido, abrió la boca, como si fuera a decir algo, pero no lo dijo. Retrocedió un par de pasos, indeciso, como golpeado en pleno pecho por una mano invisible.

—¿Por qué ha dicho eso? —jadeó, repentinamente pálido— No soy un asesino. Sólo pretendo que se mantenga usted fuera de Hazel y de mi, señor Orwell.

— Parece que le ha molestado Ja forma en que hablé —dijo Orwell con lentitud, avanzando hacia Osmond—, ¿Por qué, Ambler?

¿Le asusta la palabra «asesinato»?

No, no —se encogió, alzando una mano, igual que si se quisiera proteger de un enemigo incorpóreo—. No hable así, Orwell... No hable de asesinatos, por el amor de Dios. No tiene sentido hacerlo. Nadie es aquí un... un asesino.

—¿Está seguro de eso? —fue la sarcástica respuesta de Orwell.

La puerta de la sala de espera se abrió de nuevo. La ráfaga de aire frió y húmedo que penetró en la estancia, junto con el chirrido de las bisagras al funcionar, rompieron un poco la tensión del momento, e hicieron volver la cabeza a todos ellos.

En la puerta, en ese momento, se hallaba el sonriente interventor ferroviario. Al parecer, había salido al exterior y regresaba con algo en sus manos, una placa de madera vieja de forma rectangular.

—Oh, vean lo que hallé, rebuscando por ahí afuera —dijo jovial, con un buen humor que parecía incongruente en aquella situación —. Al menos, ya sabemos dónde estamos, con exactitud, señoras y caballeros...

Y giró con naturalidad la tabla, dejando ver a todos su otra superficie al dorso, blanqueada, con la pintura cuarteada por el tiempo y la intemperie, y un nombre escrito en ella, con letras borrosas por el tiempo:

DARKMOOR – APEADERO

Para pasmo de Orwell, un repentino grito de horror surgió de las gargantas de los presentes. Miró, asombrado: a sus cuatro compañeros de viaje.

Ambos, en contraste con la sonrisa apacible del interventor, que sostenía en sus delgadas manos la tabla, mostraban ahora inexplicablemente en sus rostros una expresión de infinita angustia, de supremo terror.

Y por si ello fuera poco, allá en el exterior, se oyó un silbido prolongado... ¡y el trepidar del convoy al ponerse en marcha!

* * *

Ya era tarde.

Cuando llegaron al andén del apeadero solitario, perdido en la noche, en la distancia era visible la negra oruga del tren, rodando a creciente velocidad sobre las vías iluminadas de modo fantasmal por las luces del empalme ferroviario donde estuviera detenido.

—¡Se nos marcha! —clamó Ramsay Clemens, aterrado, tratando

de correr en pos del convoy.

Otros le siguieron también, olvidándose incluso de sus equipajes, pero el empeño era inútil. Pronto la oscuridad, la niebla y la tenue llovizna formaron una impenetrable cortina entre ellos y el tren nocturno, que se perdía definitivamente en la noche, dejándoles allí solos.

Desalentados, jadeantes, maltrechos por el desesperado intento, se detuvieron los viajeros al borde de las vías. Se miraron entre sí, mientras el trepidar de los raíles se hacía más y más lejano, y la lluvia menuda y fría corría por sus cabellos, rastro y ropas.

—Se fue —musitó Ambler, estremecido.

—Sí —asintió Orwell, ceñudo—. Se fue. Y eso que parecía averiado y sin maquinista.

—Es el último tren nocturno de esta línea —dijo sombríamente Clemens—. Al menos pasarán ocho horas hasta que llegue otro.

—Que no se detendrán el apeadero —añadió lúgubremente la voz de Shirley Dillman.

Todos se volvieron a mirarla, sobresaltados. La hermosa y esplendida rubia permanecía allí en pie, entre ambas vías, erguida y poderosa como una walkiria, sus soberbios pechos henchidos, como si fuesen a reventar la mojada blusa, que silueteaba sus pezones nítidamente.

—¿Por qué dijo eso? —jadeó la voz tímida y rota de Hazel Knox.

—Porque es la verdad, amiga mía —sonrió duramente la rubia —. En el apeadero de Darkmoor hace años que no se detiene ningún tren, por una razón muy sencilla, que ahora explica el abandono de esa estación.

—¿Cuál es esa razón? —quiso saber Orwell.

—¿Qué les pasa a todos? —fue la sorprendente réplica de Shirley Dillman con tono sarcástico—. ¿Es que lo han olvidado todo... o no quieren recordar ninguno de ustedes?

—Cállese, señorita Dillman, por favor —era Ambler quien, extrañamente alterado, hacia esa petición—. No se adelanta nada hablando de... del pasado.

—Creo, señor Ambler, que empieza a ser hora de que todos nosotros, absolutamente *todos*, nos enfrentemos con nosotros mismos y con nuestras responsabilidades —dijo la rubia viajera con firmeza—. Olvidar el pasado no basta para enterrarlo. Este extraño viaje que hemos emprendido, me pareció yo inquietante desde el principio, cuando sus rostros todos me parecieron vagamente familiares, lo mismo que sus nombres. Yo también he querido olvidar, señores. Pero no me es posible. No sé lo que nos está sucediendo, no sé cuál es el misterio de esta aventura que estamos viviendo, con un pasaje en nuestros bolsillos que conduce a una estación llamada Muerte. Pero si

sé ahora algo que en el tren ignoraba todavía: hay una fuerza superior, una influencia sutil y maligna que nos ha .traído a todos aquí. A Darkmoor. Esta es, quizá, nuestra estación llamada Muerte. Posiblemente, queridos compañeros de viaje, cuando el próximo tren de la mañana pase por aquí, se detenga o no en el apeadero en desuso de Darkmoor, no encontrará vivo a ninguno de nosotros.

—¿Qué es lo que está diciendo, señorita Dillman? —protestó airadamente Ramsay Clemens, con el rostro crispado—. ¡Eso no tiene sentido alguno!

—Si, mi querido señor Clemens. Lo que está diciendo la señorita Dillman tiene mucho sentido, y ella lo sabe —sonó la voz apacible, calmosa, siempre serena, del hombre que trabajaba para el ferrocarril. Y su sombra inquiétame emergió de entre la niebla y la lluvia, como la de un fantasma de ultratumba. Se quedó mirándoles a todos, extrañamente iluminado por un fugaz reflejo en las vías férreas.

—Acabemos, maldita sea —tronó Ambler, convulsa su expresión —. ¿Qué está sucediendo aquí?

—Usted lo sabe muy bien, señor Ambler —suspiró el interventor —, Todos lo saben, en realidad. Porque todos han vuelto aquí contra su voluntad. Pero han vuelto. Todos estuvieron va una vez en Darkmoor Y tres de ustedes cinco, evidentemente, son asesinos. Asesinos en uno u otro modo, puesto que tres personas murieron violentamente en Darkmoor hace años. Ustedes recuerdan eso muy bien. Como también recuerdan que ese apeadero sólo tuvo una razón para existir: la vecindad del asilo-residencia de Darkmoor, regido por el doctor Arnold Corman. Un asilo-residencia para enfermos mentales... donde *todos* ustedes estuvieron en una u otra ocasión, ¿no *es* cierto?

CAPITULO V

El refrigerio no tuvo demasiado éxito.

La gente comió emparedados sin apetito, y solamente el café fue acogido con total aceptación por parte de todos. Pronto el pote de lata volvía a tener agua en ebullición para una nueva infusión de café liofilizado.

La única persona tranquila y sin preocupaciones en el grupo, era aparentemente el interventor. Poco antes, se había limitado a decir a los demás, con indiferencia:

—Si vamos a convivir toda esta larga noche juntos, es justo que sepan, cuando menos, mi nombre. Llámenme John. Eso bastará, ¿no?

Nadie, excepto Orwell, había sentido ánimos suficientes para responder. El joven, sin embargo, volvió en ese punto su cabeza hacia él, con expresión irónica:

—¿Es todo lo que vamos a saber de usted, amigo? —preguntó—. ¿Que se llama John?

—¿Necesitan más? —había sonreído el empleado de ferrocarriles.

—Mucho más, amigo John. ¿Quién es usted, exactamente? ¿Qué hace aquí? ¿Por qué conoce tan a fondo la historia de Darkmoor?

—Eso no creo que tenga interés para nadie —se encogió de hombros perezosamente el hombre llamado John—. Después de todo, ya ven lo que soy: un vulgar interventor ferroviario.

—No, no es sólo eso. Es algo más. Está jugando con nosotros desde el principio.

—¿Está seguro de eso? —sonrió John—. Yo no les obligué a subir a ese tren, recuérdelo.

—Es Cierto. Pero aun así, resulta muy raro que todos hayamos coincidido en el mismo tren, dirigiéndonos a estaciones diferentes en una misma noche, aunque usted nos hiciera ver que íbamos a la misma, aunque ésta no exista sino de modo metafísico simplemente.

—Me he limitado a contarles cosas que todo el mundo sabe: a una milla escasa de este apeadero, se levanta el asilo-manicomio del doctor Corman, ya abandonado desde la muerte del doctor, hace años. Al no tener objeto parar aquí el tren, puesto que la residencia no existe, el apeadero quedó en desuso. Puede consultar eso a la Compañía de Ferrocarriles en Londres, y le darán cumplida explicación que coincidirá con la mía. En eso no hay nada extraño ni sobrenatural, señor Orwell.

—Pero lo hay en su forma de actuar, John. Usted parece saberlo todo, conocernos a todos, escudriñar en nuestras mentes o en nuestras almas. Usted me asusta John.

—¿Por qué tengo que asustarle? Le dije que hubo tres muertes violentas. Si el destino ha resuelto que esta noche se aclare todo y pague cada cual su culpa, tendremos que nos sobran todavía dos personas inocentes. Y *los* inocentes no tienen por qué morir ni pagar algo que no hicieron.

—¿Se olvida de Colin Connery? —habló Orwell con sarcasmo—. El está muerto ahora. ¿Y qué es lo que hizo, realmente, si hay *tres* muertes y *tres* asesinos?

—Yo no hablé de *tres asesinos,* señor Orwell —rechazó apaciblemente John —. Sólo dije que hay tres responsables culpables. Pero sólo un asesino. Las demás muertes fueron violentas. Pero no asesinatos dichos, aunque alguien los provocara.

—No entiendo nada —protestó Orwell —. Usted dijo que todos estuvimos en ese asilo para enfermas mentales. Y eso no es cierto. Yo nunca estuve allí.

—Se equivoca, amigo Orwell —sonrió el interventor con calma—. Usted *también* estuvo allí, como los demás. Sólo que no lo sabe... porque no puede recordarlo. ¿O pretende ocultarme también a mi su dolencia?

Kevin Orwell tragó saliva. Respiró hondo, sobrecogido por cuanto sabía aquel misterioso personaje de todos ellos. Se limitó a asentir despacio con la cabeza, y murmurar roncamente:

—Yo... yo padezco de amnesia parcial desde hace varios años. Hay una parte de mi vida en blanco, que nunca he logrado recordar... ¿Cómo lo supo?

—Lo sé, eso es todo —sonrió de nuevo su interlocutor—. Por eso no puede usted recordar Darkmoor. Usted estuvo allí entonces. Orwell. Lo que no puedo saber es si fue testigo a culpable de un asesinato... ¿Comprende ahora por qué está aquí con los demás... y tiene aún una posibilidad de regresar con vida cuando el tren de la mañana pase por aquí?

Orwell asintió lentamente, demudado, sobrecogido por vez primera hasta límites indescriptibles ante la suave pero firme amenaza que parecía latir en aquellas palabras pronunciadas apaciblemente.

Por si el horror de la situación era poco, de repente la puerta de la sala de espera se abrió de golpe, entrando de nuevo una ráfaga helada y una racha de lluvia en el amplio y desnudo recinto. Todos se volvieron, porque sabían que estaban allí reunidos en su totalidad, y no esperaban a nadie más.

Un alarido de horror colectivo brotó de sus gargantas ante la visión espantosa e increíble que emergía en el umbral, recortándose

contra la negrura siniestra de la noche.

A Orwell se le cayó de las manos la tapa de su termo, que le servía de taza, derramando el café caliente. La figura empapada en agua, lívida y despeinada, entró pesada, lentamente en la sala de espera, moviéndose como lo que era: como un espectro surgido de la tumba.

—¡Connery! —aulló Clemens, lívido—. ¡Colin Connery! ¡No es posible! ¡Usted estaba *muerto* en ese tren...!

Sin embargo, era él. Colin Connery, el cadáver del compartimento vacío del tren nocturno. Avanzó hacia ellas lentamente, con mirada vidriosa, el hilo de sangre coagulado en su faz color cera, colgando de los yertos labios.

* * *

El ramalazo de pavor duró una serie de segundos que parecieron formar una auténtica eternidad. Era como si, de repente, un encantamiento siniestro hubiese helado a los personajes de aquel drama, convirtiéndoles en piedra inmóvil, igual que si sobre ellos hubiese caído la mirada funesta de la Gorgona.

Sin embargo, eran sólo los ojos turbios, inexpresivos y fríos de un hombre dado por muerto los que se fijaban en ellos desde la máscara glacial, color cera, de un rostro crispado que no parecía destinado a provocar el miedo, pero que había causado ese sentimiento, profundamente agudizado.

—Dios, ¿qué significa esto? —Orwell fue el primero en decir algo coherente, saliendo de su marasmo—. No pueden ocurrir estas cosas... *Yo* le vi muerto, Connery... ¿Es que vuelve usted de la tumba?

Colin Connery, con su abrigo chorreando agua, sus andares vacilantes, como los de un auténtico *zombie*, clavó en él su inquietante mirada. Su boca tembló, tratando de balbucear algo inteligible, y la voz ronca y quebrada que brotó de aquellos labios descoloridos y tensos, nada tenía que ver con la que ellos le recordaban del inicio del viaje nocturno, agria y autoritaria:

—Yo... yo... padezco de... de ataques de catalepsia... Una enfermedad heredada de mis antecesores... Lamento...

Y se derrumbó pesadamente en el suelo, como si volviera a la muerte de donde parecía proceder.

Orwell corrió inmediatamente hacia él, observando que también Hazel Knox, acaso recordando sus días de enfermera, se precipitaba en ayuda del caído, sin que esta vez ni siquiera Osmond, demasiado absorto en sus propias emociones, tratase de evitarlo.

Ambos jóvenes, arrodillados junto al caído, examinaron atentamente a Colin Connery, el resucitado. Un leve jadeo escapaba de labios del hombre. Su cuerpo sufría espasmos. Obviamente, distaba mucho de estar muerto.

—Ahora no padece catalepsia —dijo la pelirroja muchacha con alivio—. Sólo una crisis nerviosa, posiblemente, unida a su propio estado físico por la enfermedad que le tortura.

Orwell asintió. Cargó entre sus brazos al enfermo, ayudado al fin por un inseguro y tardío Ramsay Clemens, y puso el cuerpo tendido en uno de los largos asientos de madera. Examinó su boca, que tenía a medio abrir, encontrando el origen del hilo de sangre que se secara sobre la comisura del labio.

—Se mordió la lengua al sufrir el ataque en el tren —comentó Orwell—. Esa era su misteriosa lesión, después de todo.

—Vaya, vaya —gruñó Clemens, resoplando tras el esfuerzo—. Conque catalepsia… No creí que esa enfermedad existiera, salvo en las novelas de Poe.

—Existe, aunque hoy en día es sumamente rara —admitió Hazel Knox con tono débil, examinando el pulso del paciente—. Es probable que, como él mismo dijo, la haya heredado por vía familiar, procedente de muchas generaciones atrás. Aun así, existen ciertos tratamientos para evitarla en lo posible. Y en la actualidad, dado que ya no se entierra a la gente con tanta rapidez como en otros tiempos, existen muchas posibilidades de que el enfermo nunca llegue a ser enterrado vivo.

—Evidentemente, nadie mejor que el propio señor Connery para saber todo lo relativo a su propia dolencia —fue el comentario de John, el interventor, acercándose a ellos con lentitud —. El es médico.

—¿Médico? —se sobresalto Orwell—. ¿Cómo lo sabe?

—Lo sé, simplemente. Doctor Colin Connery. Médico psiquiatra. De todos modos, señor Orwell, no es ninguna maravilla deducir eso —sonrió vagamente el empleado de ferrocarriles—. Vean el emblema de su chaqueta, bajo el abrigo.

Miraron todos. En su solapa llevaba Connery un botón de oro. Ciertamente, era el emblema del Cuerpo Médico. Pero allí nada hacía suponer que fuese especialista en psiquiatría.

John pareció imaginar sus pensamientos aunque nadie los expuso en ese instante. Se limitó a murmurar con voz tranquila:

—Fue médico en el asilo-residencia del doctor Corman. ¿Lo entienden ahora?

—No — gruñó Ambler, saliendo de su mutismo—. No entendemos nada, sin duda alguna. Usted parece saberlo todo sobre nosotros. Es eso lo que ni entiendo, ni me gusta.

—Tal vez lo entienda más tarde, señor Ambler. Recuerde que este

viaje no es en vano. Todos están aquí por una razón. Esa razón es encontrar a unos culpables que no pagaron jamás sus culpas. Los culpables son tres. Ustedes, ahora, son seis. El doctor Connery ha vuelto a la vida, como en los relatos góticos, regresando desde la tumba, y se une a la lista de sospechosos. Eso es todo.

—No me gusta este juego —gruñó Clemens—. Admito que una vez estuve enfermo y fui recluido en un manicomio, asilo, residencia o como quieran llamarlo. Pero nunca supe a ciencia cierta dónde estuve. Fue por poco tiempo. No tengo nada que ver con lo que allí pudiera haber ocurrido.

—Es posible, señor Clemens —admitió John, encogiéndose de hombros—. No es asunto mío acusarles ahora, sin evidencia alguna. No soy yo quien debe juzgarles.

—¿Quién, entonces? —preguntó Orwell, tenso.

—El propio doctor Corman —suspiró el empleado del tren.

—¡Corman! —bramó Ambler, volviendo a mostrarse irritable y casi violento—, ¡Corman está muerto, usted mismo lo dijo!

—Muerto y enterrado, en efecto —asintió con tranquilidad John —. Pero sólo él, desde la tumba, puede venir a por los culpables de su asesinato y de otras dos muertes violentas ocurridas en el asilo, señores.

—Hasta ahora, sólo el doctor Connery volvió de la tumba, pero sólo porque padece una enfermedad concreta: catalepsia —dijo cáusticamente Shirley Dillman, clavando sus ojos en el empleado de ferrocarriles—, ¿Va a pretender decirnos que un hombre muerto hace años, puede también regresar al mundo de los vivos para vengarse de su asesino?

—No sería una venganza, señorita Dillman. Simple justicia, en todo caso —sonrió el revisor afablemente.

—Llámelo como quiera. ¿Puede volver un muerto desde su tumba?

—No lo sé —se encogió de hombros John, dando media vuelta y alejándose de ellos, hacia un extremo de la sala, donde sus voces retumbaban como en un lóbrego panteón —. La respuesta no la tengo yo, señorita. Ni ninguno de nosotros, posiblemente.

—¡Ese hombre está loco, sencillamente! —protestó Shirley Dillman—. Es una mezcla grotesca de farsante, ilusionista y demente obsesionado.

—La que estuvo recluida un tiempo en ese sanatorio, señorita Dillman, recuerdo que fue *usted*, no yo —fue la suave respuesta de John, sin volverse siquiera hacia ella.

Shirley Dillman se mordió el labio inferior, furiosa por esa réplica que no podía rebatir. Miró a sus compañeros de viaje. Y ellos a ella. Orwell sonrió, conciliador.

—No debe preocuparse, señorita Dillman —dijo—. Después de todo, también yo estuve allí, al parecer, aunque mi amnesia parcial me impida recordarlo. Creo que es momento de confesar que uno estuvo en el asilo mental del doctor Corman. Tal vez el ser un poco sinceros con nosotros mismos y con los demás, sirva para liberarnos un poco de nuestros espectros interiores... y del temor que podemos sentir por los acontecimientos de esta noche.

—Yo no tengo temor alguno, Orwell —objetó abruptamente Ambler—. Pero admito que estuve enfermo una vez, y me ingresaron en esa maldita residencia. No recuerdo el tiempo que permanecí allí. Fue una crisis nerviosa provocada por una tragedia familiar. Durante mi estancia, no recuerdo asesinato alguno, la verdad.

—Yo tampoco —suspiró Ramsay Clemens—. Y eso que permanecí durante un año entero internado en esa residencia de Darkmoor. Un lugar agradable por dentro, pero particularmente ingrato en su exterior. Recuerdo que había pantanos y marismas en torno, casi cercando el edificio, como un cinturón de seguridad para los allí internados. Y, desde luego, ahora he podido recordar a una de las enfermeras, era la señorita Knox, sin duda alguna —señaló a Hazel.

Esta tragó saliva, inclinando la cabeza. Shirley Dillman soltó una bronca y repentina carcajada que tenía mucho de agresiva.

—Es enternecedor. Todos confesando su pasado, su presencia en un asilo de enfermos mentales, como si eso fuese un crimen. Claro que estuve allí, sería estúpido negarlo ahora. Y recuerdo la muerte del doctor Corman. Pero que yo sepa, el veredicto del *coroner* fue entonces muy concreto: muerte accidental.

Esta vez, John se volvió lentamente hacia ella. En los ojos del empleado del ferrocarril había una extraña luz que Orwell no recordaba haber advertido antes, salvo cuando les vio leer sus billetes de tren con aquel horrible punto de destino aparentemente impreso en ellos.

—Exacto, señorita Dillman —dijo—. Me alegra que usted recuerde mejor los detalles que sus compañeros de viaje. Al parecer, también fue la paciente más equilibrada de todos, y la que más periodos de lucidez tenía. El *coroner* dictaminó muerte accidental, y el caso fue sobreseído. Pero eso no significa que las cosas fueran así. La Ley no siempre acierta. Sus errores son notables a lo largo de los tiempos, todos lo sabemos.

—¿Qué quiere decir eso? ¿Que usted es más infalible que la ley y que todos los demás? —se irritó Ambler de nuevo.

—Por favor, señores. No vuelvan a personalizar. Yo no soy nadie en todo eso. Sólo la persona encargada de llevarles a su destino. Y ese destino, digan ¡o que digan, está trazado. Para inocentes y para culpables. Me limitaré a cumplir mi misión. Soy el revisor de un tren

que «induce a la Muerte... O a la Vida, si es inocente y no culpable, ya se lo dije antes.

Otro silencio pesado siguió a esas palabras. Eran muchas las preguntas y las dudas entre los viajeros, pero ni siquiera sabían cómo exponerlas. Ambler dijo algo entre dientes, mal humorado, tomó a Hazel Knox por un brazo, y se retiró al fondo de la sala, donde se acomodó en un asiento, mientras Orwell cuidaba del enfermo doctor Connery, al parecer en periodo de recuperación. Clemens le había administrado un trago de brandy, y la reacción del licor parecía favorable.

Shirley Dillman se había encaminado a la puerta de la sala de espera, cruzándose de brazos y contemplando el exterior neblinoso y sombrío, con ojos brillantes, endurecidos. Orwell la observó de soslayo. Una crispación de su rostro endurecía también su expresión. Tenía los labios prietos y las mandíbulas encajadas. Sus potentes pechos palpitaban como si quisieran rebosar el encierro de tela de su blusa.

De repente, ella alargó una mano y tomó su maletín y su chaqueta de lana de encima de un asiento. Hizo girar el picaporte. Orwell la miró, sorprendido.

—¿Adónde va ahora? —quiso saber.

—A la residencia de Darkmoor —dijo ella con estremecedora calma.

Todos los rostros se volvieron como si les hubieran pegado un mazazo a cada uno de los presentes. John, el empleado del tren, que se acomodaba en un asiento, con los ojos cerrados, aparentando dormitar, abrió éstos con rapidez, fijándolos curioso en la rubia hembra.

—¿Qué es lo que ha dicho? —jadeó Orwell, confuso.

—Creo que nuestro viaje tiene un destino, ¿no es cierto? —le desafió ella con la mirada y el tono de voz—. Ese destino puede ser la Muerte. Pero sea cual sea el sino que nos aguarda al final de este odioso viaje, es obvio que estamos solamente en una sala de espera, y eso no significa nada. Hemos dejado un tren, o el tren nos ha dejado a nosotros, tanto da. Lo único cierto es que estamos en una sala de espera. Aguardando ¿qué? ¿Otro tren? ¿O nuestro destino final? Sea éste cual sea, no le temo. Voy a su encuentro. Y ningún lugar en el mundo puede ser un destino más lógico para todos nosotros, que la propia residencia Darkmoor, el asilo de locos donde todos estuvimos antes, por una u otra razón.

—¡Pero eso es un disparate! —gritó Clemens, agitado, ligeramente pálido—. ¡El asilo ya no existe! Sin duda sólo habrá allí unas feas ruinas. Y la noche no está como para soportarla a la intemperie o rodeados de escombros...

—No iría allí por nada del mundo —gruñó Osmond Ambler rotundamente.

—Por favor, señores, esperen un poco —John se bajó de su asiento y caminó hacia ellos tranquilamente—. Creo que la señorita Dillman ha dicho algo sensato. ¿Por qué permanecer tantas horas aquí, en una desolada estación, un apeadero en desuso, dentro de una inhóspita y fría sala de espera, donde el aire será gélido en cuanto acabemos nuestra leña, o en cuanto el hollín atasque esa vieja y herrumbrosa estufa, pudiendo estar bajo techado, en una auténtica casa? Contra lo que usted dijo, señor Clemens, la residencia se conserva relativamente bien, aunque abandonada. Mantiene sus puertas, sus techos y ventanas. Lo único que falta en ella es vida. Pero incluso hay en su interior velas, candelabros y quinqués con petróleo para alumbrarse, puesto que a raíz de cortarse el suministro de luz al recinto, hubo allí unas últimas pesquisas policiales y todo se alumbró para ello. Yo he visitado ese lugar alguna vez. Y les aseguro que está en condiciones de habitabilidad, especialmente por unas horas de la noche.

—Yo no voy —sostuvo Ambler, enérgico—. Es lo último que haría en esta vida.

—Allá usted —Shirley Dillman salió al exterior—. Yo no pienso volverme atrás. Las palabras de John terminan de convencerme. Aquello será mejor que esto. Y es posible que entonces las cosas lleguen a su desenlace final.

—La acompaño —dijo espontáneamente Orwell.

—¿Usted también? —chilló Clemens—. ¿Es que todos se han vuelto locos aquí?

—En otros tiempos, es posible, con excepción de la señorita Knox y el doctor Connery —sonrió Orwell burlonamente—. Pero ahora estoy muy cuerdo. ¿Vamos, señorita Dillman? ¿Se atreve a viajar conmigo de noche, por la zona de las marismas?

—Yo me atrevo a todo, señor Orwell —dijo la rubia enérgicamente.

Y echó a andar hacia la niebla, la noche y la oscuridad de más allá del apeadero.

—¡Esperen! —pidió débilmente una voz a sus espaldas—. Les acompaño...

Miraron atrás. El doctor Connery se había incorporado. Su andar ya no era vacilante. Y parecía muy decidido.

—¿Usted? —protestó Ambler—. ¡Está enfermo, debe descansar aquí, doctor!

Connery le miró fijamente. Luego sonrió débilmente.

—De modo que lo saben... Sí, soy el doctor Connery. Trabajé para el doctor Corman en la última etapa de su vida, en el asilo de

Darkmoor. Y allá quiero volver. El estuvo a punto de curarme mi enfermedad. Tal vez lo hubiera hecho de no... de no morir.

—Iba a decir usted «de no haber sido asesinado», ¿no, doctor?—sonrió John, afable.

El médico cataléptico se encogió de hombros. Echó a andar tras de Orwell y Shirley Dillman.

—¿Qué más da eso ahora? —jadeó—. Quiero revivir ciertas cosas en el mismo escenario donde ocurrieron. Tal vez eso me permita recordar algo que sé importante. Algo que puede aclarar cosas antiguas y oscuras...

—Está bien. Venga con nosotros, doctor —aceptó Orwell—. Y tenga, cuidado. La noche es fría y desapacible. Pero lo será más en los pantanos próximos al asilo.

—Lo sé, amigo mío. Conozco estas tierras mejor que usted.

Clemens estaba indeciso. John le miraba con burlona sonrisa. De pronto, tras una mirada de soslayo a Ambler y la pelirroja Hazel, el hombre de la chaqueta de napa tomó su decisión:

—Creo que yo también voy a irme de aquí —dijo en voz alta.

Los expedicionarios se detuvieron. John avanzó hasta él.

—Bravo, señor Clemens —aprobó—. Empieza a entrar en razón. Estarán bien allí. se lo garantizo. Es mis: yo les serviré de guía hasta la residencia, si quieren.

—¡Un momento! —voceó Ambler—. ¿Y *nosotros* dos? ¿Vamos a quedarnos aquí solos?

—Señor Ambler, eso es decisión suya —sonrió John—. Tal vez así escapen a su destino... o tal vez no. Elijan lo que más les guste.

—Este lugar... solitario y frío. Y nosotros dos solos... —Osmond Ambler atrajo hacia sí a la pelirroja muchacha, con aire preocupado—. Estás temblando, Hazel.

—Tengo frío... y miedo —susurró ella.

—Bien, la mayoría gana —decidió malhumorado, mirando a los demás con disgusto—. Creo que todas vamos a ir a ese maldito lugar... y que sea lo que Dios quiera.

—Lo será, señor Ambler, lo será —sonrió enigmáticamente John.

Y el grupo completo abandonó la gélida sala de espera del apeadero fantasmal de Darkmoor.

La noche, la lluvia y la neblina absorbieron a aquellos siete personajes que iban en busca de su destino.

Un destino que quizá se hallaba oculto, agazapado entre ¡os muros de un viejo caserón de un abandonado asilo de enfermos mentales donde varias personas habían muerto violentamente en el pasado.

Un destino que, ahora más que nunca, parecía ser el que ellos vieran o creyeran ver en los billetes de su tren nocturno: la Muerte.

CAPITULO VI

Allí estaba.

Todavía en pie. Majestuosa, casi impresionante.

Era una vieja edificación victoriana, revocada y modernizada sólo en parte, y con algunas ostensibles reformas en el estucado, así como las balaustradas ostentosas de la terraza en la azotea. Una verja rodeaba el edificio. Un jardín descuidado, sucio, alfombrado de hierbajos y hojarasca, sembrado de cizaña y de arbustos silvestres más bien feos, que convertían el que un día fuera ajardinado recinto, en un verdadero caos de triste aspecto.

El edificio era, sin embargo, el que atrajo la atención del grupo capitaneado por el enigmático John, funcionario de los ferrocarriles británicos. Todos los ojos se clavaron en aquellas ventanas y miradores encristalados, cuyas vidrieras aparecían rocas o agrietadas en su mayor parte, además de la densa capa de polvo que cubría su superficie. La humedad de la zona, con los humeantes y viscosos pantanos rodeándola con un virtual cinturón de fangos movedizos y peligrosos, muy frecuentes por otra parte en la región, iba haciendo también su implacable efecto sobre los muros, cuarteándolos ostensiblemente, y desprendiendo en algunos puntos fragmentos enteros del estucado.

—Su aspecto es más bien siniestro —comentó agriamente Ramsay Clemens.

—Yo diría que es el típico caserón de fantasmas que se ve en las películas de terror — dijo con cierto sentido del humor en esos momentos Kevin Orwell —. Y lo malo es que ni siquiera recuerdo esa casa, pese a haber estado un tiempo en ella...

—Es comprensible si, como me ha contado por el camino, usted sufre una amnesia parcial que mantiene en blanco un período de su vida, señor Orwell —fue la explicación profesional del doctor Colin Connery, caminando pesadamente a su lado por el angosto sendero que, entre los marjales, conducía directamente a la casona abandonada, entre dos hileras de tristes sauces.

Yo, en cambio, la recuerdo muy bien —habló apagadamente Hazel Knox—. Ahí permanecí como enfermera del doctor Corman durante casi un año...

John la miraba con una vaga sonrisa flotando en sus labios delgados y fríos. No hizo comentario alguno. En vez de ello, llegó a la puerta de hierro, mohosa y chirriante, y la empujó con lentitud,

invitándoles suave, casi sinuosamente, al hacerse a un lado y trazar su enjuto y largo cuerpo una ceremoniosa inclinación:

—Adelante, señoras y señores. Hemos llegado a nuestro destino.

—¿A... la muerte, John? —preguntó con notable frialdad Shirley Dillman.

El ferroviario se encogió de hombros. Pareció indeciso por un instante. Luego, se limitó a manifestar con indiferencia:

—Eso... depende de ustedes. Y del pasado. Por favor, ¿no entran? ¿O es que alguno de ustedes tiene *miedo* a esta casa?

Se miraron entre sí todos, sin responder. Orwell dio un paso adelante. Cruzó el umbral, haciendo crujir la seca hojarasca bajo sus pies. Le siguió, en silencio también, el doctor Connery. No dudó tampoco Shirley Dillman, tirando de la mano de Osmond Ambler, que parecía menos dispuesto a ello. Finalmente, con una más larga incertidumbre lo hicieron Hazel Knox y Ramsay Clemens. Cerró la lenta comitiva el propio John, que cerró la verja tras de sí, con un prolongado gemido metálico de sus goznes y de su parte inferior, arrastrándose dificultosamente sobre el terreno.

—¿Por qué cierra esa puerta? —preguntó con cierta aspereza Ambler, parándose en seco.

—No tiene la menor importancia —sonrió John—. Cual quiera puede abrirla, ya lo ha visto.

—Lo sé. Pero es que ese ruido me ha producido una rara impresión. Y también ver ahora cerrada la puerta a nuestras espaldas. Es... es como si, de repente, no hubiera posibilidad de salir de aquí. Como si la última puerta de nuestra vida se hubiese cerrado tras de nosotros, y este fuese nuestro panteón.

—Podría serlo, señor Ambler —admitió John, irónico—. ¿Quiere probar esta puerta, para confirmar que la salida es, en todo momento, singularmente fácil?

—No, no —rechazó, al sentirse blanco de todas las miradas. Casi parecía avergonzarse de su repentino temor—. Será mejor que entremos en la casa. Aunque si está tan cuidada como este jardín, más valdría haberse quedado en el apeadero...

Nadie dijo nada. Siguieron adelante. El crujido de los hierbajos y hojas secas bajo sus pies, era el único ruido perceptible. Más allá de la casa, el jardín se extendía hasta otra alta verja metálica, tras la cual era borrosamente visible una hilera de árboles, lindando con los pantanos, y en torno a cuyos altos troncos se enroscaban jirones de espesa niebla.

Por fin, llegaron ante los escalones que daban acceso a la entrada porticada de la casa. El grupo se detuvo, indeciso, tras probar la puerta de recia madera, adornada lateralmente con dos flancos verticales de cristaleras de colores. Sorprendentemente, éstas se

conservaban en buen estado. Sólo una de las vidrieras mostraba una grieta diagonal. John la miró con disgusto. Y, para pasmo de todos, extrajo del bolsillo de su oscuro uniforme una llave.

—El tiempo todo lo puede —se lamentó—. Hasta esos vidrios terminarán por romperse...

Y con naturalidad, introdujo la llave en la cerradura, abriendo la puerta. Esta no emitió chirrido alguno. Cedió fácil, suavemente, como si sus bisagras estuviesen engrasadas, a pesar de los años transcurridos. Inquietos, los viajeros volvieron a mirarse. Ambler hizo un gesto instintivo de retroceso, tirando de Hazel al hacerlo.

—No lo entiendo —jadeo—. ¿Como puede tener *usted* una llave de esta casa?

—Nada más sencillo —sonrió John afablemente—. Hasta no hace mucho, había un letrero en esa verja que hemos cruzado, con unas palabras muy simples: «Se alquila.» Yo alquilé la casa.

—¿Usted? —balbuceó Clemens—. ¿Por qué?

—Eso a ustedes no les importa —se encogió de hombros el interventor—. Vamos adentro, caballeros, señoras. Al parecer, la temperatura en el interior resulta infinitamente más acogedora...

Y era cierto. Todos, al cruzar con aprensión el umbral de la casa vacía, comprobaron ese aserto. Sorprendentemente, se respiraba un clima tibio, acogedor, casi confortable. Los viejos muebles, pesados y sólidos, mostrábanse limpios de polvo y telarañas. La araña de cristal del recibidor, aunque carente de luz eléctrica, aparecía impecable, reluciendo sus colgantes de mil facetas. John encendió un candelabro de cuatro brazos, y las llamas de las cuatro velas allí ajustadas —todas ellas nuevas, según observó Orwell con inquietud—, revelaron que el recinto entero aparecía limpio y capaz de acoger huéspedes entre sus muros. Solamente los cortinajes revelaban el paso del tiempo y de la polilla, y el empapelado mostraba claras huellas de humedad, e incluso desconchados verdosos.

—Pasen, pasen —invitó John, como si estuviese ofreciendo a sus viajeros el mejor más suntuoso hospedaje del mundo, aunque a la vez, Orwell tuvo la rara impresión de que también se invitaba con palabras parecidas al público que visita habitualmente la cámara de los horrores de cualquier museo de cera.

La puerta se cerró tras ellos suavemente, accionada por John. Ambler dirigió una angustiosa ojeada de temor a aquel simple pestillo que ajustaba el acceso al interior de la antigua residencia psiquiátrica del doctor Corman. John, candelabro en mano, como anfitrión repentino de todos ellos, caminaba hacia una puerta lateral, en un muro totalmente recubierto de madera de nogal, y la deslizó lateralmente, mostrando una abertura en sombras.

Shirley Dillman gimió entre dientes, mostrando por vez primera

cierta inseguridad.

—Dios mío —la oyeron musitar—. La biblioteca...

—En efecto, señorita Dillman —se volvió John a la rubia y exuberante muchacha—. La biblioteca personal del doctor Corman. ¿La recuerda usted bien?

—Si —musitó Shirley, asintiendo con la cabeza—. Allí acostumbraba a recibirnos a los pacientes. Y allí nos despedía, también, cuando habíamos sanado...

—Usted sanó, supongo, al abandonar este recinto... —comentó suavemente John, mirándola fijamente.

—Sí. El doctor Corman mismo firmó mi alta. Aún la conservo.

—No sirve de mucho —sacudió lentamente su cabeza John, mirándola con cierta expresión lastimosa—. Usted podría saberlo... si fuese la persona que te mató.

—¿Qué es lo que dice? —susurró ella, abriendo mucho sus ojos.

—Olvidaba decirles algo, señores —habló John con lentitud al pasar a la biblioteca, y siguiéndoles con la luz del candelabro, que provocó un bailoteo siniestro de sombras y luces en las estanterías repletas de volúmenes que cubrían los muros de la confortable estancia.

Pasmado. Orwell observó el primero el brillo en el hogar. Luego, los demás miraron también en esa dirección, tan perplejos como él.

Había leños ardiendo en la chimenea. Su chisporreteo cálido y acogedor, era el que anunciaba el motivo de que en el interior de la vieja casa abandonada hubiese una atmósfera tan grata y confortable.

—¿Cómo diablos... encendió nadie ese fuego? ¿Cuándo se hizo? —era Connery quien preguntaba, mirando en tomo como impresionado por hallarse de nuevo allí donde él había ejercido su profesión junto al director del asilo psiquiátrico.

—Está encendido, y eso debe bastarles —sonrió John—. Les estaba diciendo antes que olvide decirles algo. El día en que el director Corman fue asesinado, salieron de este recinto, con el alta definitiva filmada por él, cuatro pacientes. Me consta que al menos uno de ellos, si no dos, no estaban totalmente cuerdos aún. Y que la firma había sido falsificada. Pero la única persona capaz de negar que hubiese firmado determinada alta, estaba muerta.

—Eso parece señalar solamente a cuatro de nosotros como presuntos culpables — señaló vivamente Orwell—. Sólo los enfermos. El doctor Connery y la enfermera Knox queda rían fuera del juego...

—No es tan sencillo, señor Orwell —suspiró John, mirándole con curiosa expresión, acentuadas las orejas y ángulos de su flaco rostro por la luz de las cuatro velas—. La falsificación pudo ser obra de uno de los enfermos mentales... o de una enfermera o un médico que. en ese momento, se hallaban aquí presentes y que pudieron hacer tal cosa

para dejar libre a alguien a quien ellos deseaban ver fuera de aquí por una u otra causa.

—Eso nos acusa a nosotros —se irritó Ambler—. Usted sugiere que la señorita Knox, que era entonces enfermera aquí, pudo falsear mi alta para sacarme de aquí, matando luego al doctor Corman, quizá para impedir que éste negase la firma del documento.

Sería una posibilidad muy interesante, señor Ambler —asintió John, impávido—. Pero yo no he acusado todavía ni a la señorita Knox... ni a usted.

—¿Acaso sospecha de mí? —jadeó el doctor Connery—. Yo jamás falsearía la firma de nadie para dejar libre a un posible enfermo mental peligroso, ¿no comprende?

—Aunque fuese capaz de ello, doctor Connery, tampoco iba a confesarlo —sonrió el ferroviario—. Pero lo cierto es que no le acusé a usted en ningún momento. Quizá ni siquiera se falsificó la firma, sino que de alguna forma, se le hizo firmar al doctor Corman un documento que él no advirtió,, mezclado entre otros muchos, y ése era el alta de cierto paciente. Pudo hacerlo un médico, una enfermera... o un paciente en quien él confiase más que en otros, y le ayudara en sus tareas.

—¿Quién podría ser ese paciente tan cercano al doctor Corman? —indagó Orwell.

—Usted por ejemplo, señor Orwell —dijo rápido John.

—¿Yo? —se sobresaltó Kevin — . ¿Yo tuve su confianza?

—En efecto —asintió Connery—. Usted, Kevin Orwell, era un muchacho aparentemente sano en lo mental. Había sufrido un accidente de tráfico y padecía frecuentes amnesias, eso era todo. Olvidaba fácilmente las cosas, y entonces se volvía irritable y violento. El doctor Corman curó esas complicaciones, pero no del todo su amnesia, que creo quedó en parcial.

—Recuerda usted muy bien las cosas, para haberse hecho el desconocido en la estación y en el tren, doctor Connery —se irritó Kevin.

—Creo que todos nos reconocimos en el acto unos a otros, en mayor o menor medida —rió hueca mente el médico—. Eso nos alarmó y nos inquietó, sin duda, pero disimulamos lo mejor posible. En ese momento debí sospechar que este viaje no era normal, que algo insólito sucedía para que todos nosotros, *previamente*, tomáramos el mismo tren y a la misma hora...

—¿Cómo? —saltó vivamente Clemens, dilatando mucho sus ojos —. Ahora creo entender, doctor Connery. Mi telegrama para acudir urgentemente a Hull, a atender a un familiar en grave estado...

—Falso, sin duda —casi gritó Ambler, excitado, rebuscando en su negro impermeable con nerviosismo—.¡El telegrama que Hazel y yo

recibimos, para emprender viaje inmediato a York, por la herencia de un tío mío fallecido... !

—Falso también —rió huecamente Orwell—. ¿Es que ahora se dan cuenta de eso? En cuanto nuestro buen anfitrión y extraño amigo John habló de ciertos aspectos de este fantástico viaje nocturno, comprendí que a todos nos habían engañado. Yo tenía que estar en Newcastle sin falta, mañana misino a primera hora, para hacerme cargo de un puesto vacante del semanario *Newcastle Sports*. Estoy sin trabajo, soy periodista, y eso colmaba mis aspiraciones por el momento, a la espera de algo mejor. Ahora sé a ciencia cierta que fue absolutamente falso. Tanto como los motivos que todos ustedes podían tener para desplazarse en una misma noche a distintos lugares, pero teniendo que usar forzosamente el último tren nocturno de Londres.

—Forzosamente, no —rechazó vivamente Ambler—. Fu dimos haber usado el automóvil...

—Que, curiosamente, sin duda, a todos nosotros se nos averió hoy —rió Orwell, burlón, mirándoles.

—¿Cómo lo sabe? —rezongó Clemens—. Tengo mi noche en el garaje...

—El mío tuvo que ser remolcado por una grúa —corroboró el doctor Connery.

—Y a mí me lo robaron justamente este mediodía en el Strand —terció Shirley Dillman, pensativa—. ¿Qué pasó con el suyo. Orwell?

—Yo no tengo coche —suspiró Kevin—. Paso una mala época, ¿comprende? Supongo que al señor Ambler sí le ocurriría algo con el suyo.

—Un choque absurdo con una furgoneta, en pleno Soho —se quejó Ambler--. Iba a hacer un reportaje urgente. Tuve que tomar un taxi. Luego, recibí el telegrama. Maldita sea, no había tiempo material de repararlo.

—¿Lo ven? Orwell señaló a John, que escuchaba con paciencia—. Todos llamados por un falso telegrama. Iodos obligados a tomar este tren quisiéramos o no, para estar antes de primera hora de la mañana en nuestro punto de destino. Es decir: aquí, que era nuestro auténtico destino común. ¿No es cierto, amigo John?

—Muy cierto, señor Orwell. Usted tiene una mente fácil y despierta. Sabe deducir las cosas con rapidez y acierto. Debe ser cosa de su oficio.

—De poco me sirve para trabajar —se lamentó el joven con desaliento—. Sigo sin trabajar, puesto que ese telegrama era falso...

—Tal vez mañana, si usted fuese inocente, los periódicos de todo el país se disputarían su historia, no le quepa duda —John le estudió con fijeza — . Depende de que, en ese margen en blanco que hay en su mente, no exista una mancha de sangre: la muerte de un ser humano.

—Acabemos, John o cómo diablos se llame usted —bramó Ambler, mirándole colérico, a punto de estallar de nuevo en uno de sus feroces arranques de ira—. ¿Quién demonios es usted, y por qué estamos todos aquí esta noche? ¿Por qué se molestó en enviarnos esos telegramas, averiar o robar nuestros coches de diversas maneras, y forzarnos, en definitiva, a tomar un tren, dejarlo en marcha, perderlo misteriosa c inexplicablemente, y vernos conducidos de modo inexorable a esta vieja casa que usted, sin explicación alguna por el momento, ha arrendado para montar esta grotesca farsa?

—Son muchas preguntas para responderlas todas de una vez, señor Ambler —suspiró John, imperturbable siempre—. Pero intentaré hacerlo con la mayor brevedad posible. Quizá una única respuesta para justificar todo lo que a ustedes les está sucediendo esta noche. Pero ames síganme, por favor. Voy a mostrarles algo...

Avanzó, con su candelabro en alto, a través de la biblioteca, volviendo a salir al vestíbulo, que cruzaron hacia el fondo, bajo la amplia escalera que ascendía a la planta alta. Orwell miraba todo esto, tratando de recordar, de encontrar algún significado en todo ello. Le resultó imposible. No podía encontrar, en el vacío de una parte de su cerebro, los recuerdos perdidos. Ni siquiera en el lugar donde esa amnesia parcial estuvo a punto de ser definitivamente curada por el médico psiquiatra que ahora estaba muerto.

Atravesaron un corredor lóbrego y húmedo, en pos del misterioso John, hasta llegar a una puerta trasera, de recia madera, que el ferroviario accionó sin problemas. Se hizo a un lado, invitándoles:

—Salgan, por favor. Será sólo un momento. Luego, regresaremos a la casa. Salieron. A la luz del candelabro, otra zona posterior del desolado jardín fue visible para ellos. Avanzaron unos pasos, a indicación de John. Y, de repente, lo vieron.

Allí, entre sauces y limoneros, casi cubierta totalmente por hojarasca y brotes silvestres, polvo y humedad, era visible la lápida funeraria. Sencilla. Sin una cruz siquiera. Sólo una lápida en tierra.

Y en ella, al quitar el pie de John cuidadosamente la hojarasca y el polvo, una inscripción:

Aquí reposa el doctor Arnold Corman.
Falleció asesinado.
Su hermano John no le olvida.
D.E.P.

—Creo obvia ya la respuesta, señores —sonrió tristemente el empleado del tren—. El doctor Corman era mi hermano.

CAPITULO VII

—Ahí reposa, es cierto. El lo quiso así. Estaba escrito en su última voluntad. Deseaba yacer para siempre en lo que había sido su obra: el asilo para enfermos mentales de Darkmoor. Yo hice que todo se realizase conforme a sus deseos.

Siguió un silencio profundo entre los presentes. Todos los ojos parecían fijos en la lápida. El doctor Connery se aproximó hasta la misma, se puso de rodillas junto a la piedra funeraria y rozó la misma con la yema de sus dedos, casi afectuosa, tiernamente. Su voz sonó quebrada:

—Querido amigo y colega... Ignoraba que éste fuese tu último hogar. Descansa en paz. Sabes que yo nada tuve que ver con tu muerte. Y que hubiera deseado evitarla de algún modo... Pero no pudo ser.

Orwell miró al médico con aire reflexivo. Rápido, dirigió una ojeada de soslayo a John Corman, el hombre del ferrocarril. Observó el centelleo de los ojos del mismo, cuando Connery hablaba. Pero no hizo comentario alguno. Connery se puso en pie, y caminó cabizbajo hacia el interior de la casa.

—Creo que usted tiene razón, John —dijo roncamente, al entrar —. Va siendo hora de que se sepa toda la verdad. Sobre el suicidio de Christine Dwan, la muerte por error de Leonard Boyle... y el asesinato del doctor Corman. Creo, señores, que yo puedo hablar mucho al respecto. Y aunque he callado durante años, ha llegado la hora de hablar, sin duda alguna...

John no dijo nada. Los demás, tampoco. Todos siguieron a Connery, que caminaba en primer término, ofreciéndoles sus decaídas y anchas espaldas, cubiertas por el abrigo de grandes cuadros.

De repente, algo apagó las velas. Orwell ignoró si era un soplo violento de aire o que John había tropezado, perdiendo el equilibrio y dejando caer el candelabro. Lo cierto es que hubo un tropezón, una imprecación en la sombra, y el golpeteo sordo del metal del candelabro en el suelo. Para entonces ya estaban apagadas las velas.

Y delante de todos ellos, un grito agudo, terrible, rasgó la oscuridad.

Hubo confusión en esos momentos. Orwell tanteó, encontrándose con diversos cuerpos que se movían en torno suyo. Buscó a la desesperada su encendedor de .gas. Lo prendió tras dos fallidos intentos. Una débil llama se unió, así, a otra procedente del fósforo que había logrado encender simultáneamente Hazel Knox, la pelirroja enfermera.

Esa débil claridad bastó. John lanzó una sorda imprecación y se precipitó hacia adelante, todos pudieron ver que se inclinaba sobre el

cuerpo tendido en el suelo. Su voz sonó ronca, alterada:

—Esta vez no se trata de ningún ataque de catalepsia, desgraciadamente —sentenció el interventor amargamente—. Por favor, señorita Knox, usted es enfermera. ¿Quiere comprobar si el doctor Connery ha fallecido?

—Pero... pero puede haberse tratado de otro ataque... —jadeó Clemens, situado el último en el grupo.

—¿Un ataque? —John rió hueca, casi lúgubremente—. ¿Con un cuchillo clavado hasta la empuñadura en su espalda, atravesándole el corazón?

El silencio fue impresionante. Orwell llegó junto a él, cuando la enfermera Knox auscultaba y examinaba, con rostro lívido, atemorizado, al hombre tendido de bruces.

En efecto, la empuñadura de un arma blanca emergía de su espalda, justo sobre el lado izquierdo. Había sido una certera cuchillada que partió en dos el corazón. La muerte, sin duda, fue instantánea.

—No hay duda —suspiró Hazel Knox, incorporándose tambaleante—. Está muerto...

Ambler la recogió en sus brazos, temiendo que se desvaneciese, pero no fue así. La apartó de! lugar, todos se miraron, sobrecogidas, mientras John Corman, imperturbable, encendía de nuevo las velas del candelabro.

—Uno de ustedes mató al doctor Connery —sentenció fríamente, clavando en ellos sus ojos extraños, hundidos y fríos—. Apagó mis velas de un soplo, cruzando al mismo tiempo una pierna a ¡ni paso para que perdiera el equilibrio. Ese breve tiempo le bastó para arrojar con tino asombroso un cuchillo contra la espalda del doctor. Un crimen rápido y certero. Digno de la persona que mató aquí a mi hermano hace años.

—¿Pero por qué habría de hacer tal cosa? —protestó Clemens, demudado.

—Ustedes todos lo oyeron. El doctor Connery sabía algo, que ocultó durante todos estos años. El asesino tuvo miedo. Y le mató, para silenciario definitivamente. Esta vez, por desgracia, el doctor Connery no resucitará...

Siguió adelante, con el candelabro en alto, iluminando el camino. Shirley Dillman caminaba tan cerca de Orwell, que uno de sus senos rozaba el brazo de éste. Kevin pensó que era un agradable contacto, después de todo.

Fue un triste regreso al confort de la biblioteca. John depositó en silencio e! candelabro sobre un mueble, contempló pensativo a sus cinco acompañantes, y luego fue hasta un mueble de nogal que abrió, preguntando casi con frivolidad:

—¿Algo de beber, señores?

—No, gracias —rechazó apagadamente Shirley Dillman—. No podría tragar ni una gota de agua. Siento mi garganta como si fuese fuego.

—Yo tomaré un brandy, por favor —dijo Ambler roncamente—. Y otro para Hazel.

—Yo preferiría un buen *scotch*, si lo hay —jadeó Clemens, lívido y sudoroso todavía.

—Yo también, John —corroboró Orwell, ceñudo, con la mirada perdida en las filas interminables de volúmenes.

En silencio, el ferroviario sirvió las bebidas solitarias y las fue situando ante cada uno de sus extraños invitados. La atmósfera del viejo asilo para enfermos mentales, se había vuelto, de repente, densa y sofocante. De vez en cuando, uno u otro dirigía una mirada de angustia hacia las sombras del resto de la casa, a través de la puerta, recordando sin duda que allí yacía un hombre muerto, brutalmente acuchillado por la espalda, en la breve fracción de tiempo de dos o tres segundos, y por una mano tan certera como despiadada.

Sin embargo, pensó Orwell con un estremecimiento, mirando a sus compañeros de peripecia, uno de aquellos personajes, un hombre o una mujer de quienes compartían con él la hospitalidad desconcertante de John Corman, era el asesino. A menos que lo hubiera sido el propio John, cosa harto improbable... o *él mismo*, y su memoria le hubiese vuelto a jugar una mala pasada.

Pero Kevin Orwell no recordaba llevar encima de si mismo alguno un cuchillo como aquél. Y menos aún admitía la posibilidad de que su amnesia sufriese recaídas bruscas y momentáneas. Creí recordar perfectamente cada instante de aquella noche de pesadilla, desde que tomara el tren en la pequeña estación de King' Lynn, distante poco más de dos horas de la King's Cross, en Londres, y a la que habían llegado por diversos medios los viajeros, dada la extraña avería de un tren, entre Londres y King's Lynn, bloqueando la vía precisamente en esa noche a lo largo de ese tramo inicial de la vía férrea de Edimburgo.

No, él podía sufrir una amnesia parcial que le impedía recordar cierta época suya, en la que se incluía su reclusión en aquella mansión convertida por el difunto doctor Corman en asilo-residencia de enfermos mentales, pero en modo alguno admitía ser un asesino. Ni creía haberlo sido en ese lapso de tiempo en blanco, aunque de eso ya no podía estar seguro.

—Bien... —se interrumpieron los pensamientos de Orwell cuando alguien habló, y resultó ser Ramsay Clemens—. De modo que hemos vuelto aquí para encontrar a los presuntos responsables de *tres* muertes violentas acaecidas en este recinto. Y ahora, ya son *cuatro*,

amigo John.

—En efecto —asintió John Corman—. Cuatro personas han muerto ya. Primero fue la doncella de este asilo, Christine Dwan. Alguien la arrastró al suicidio, inculcándole una serie de trágicas ideas que la condujeran a ese triste final. Era alguien con una gran dosis de influencia sobre los demás, una de esas personas de fácil poder de sugestión, especialmente sobre caracteres débiles y deprimidos, fácilmente impresionables. Christine Dwan era una buena chica, pero sufría frecuentes decaimientos, y la atmósfera de este lugar, con sus pacientes, no la hizo ningún bien. Por si fuera poco, lentamente fue empeorando, sufrió dos o tres crisis nerviosas, y cuando iba a ausentarse de aquí para recuperarse, tuvo una última y decisiva crisis que la condujo a poner fin a su vida.

—¿Como ocurrió? —quiso saber Orwell.

—Usted estaba por entonces aquí, igual que todos —le reprochó con cierta aspereza Osmond Ambler.

—Lo siento. Pero no puedo recordarlo. ¿Olvidó usted mi amnesia parcial?

—Vaya, eso suena a chiste. Lástima que no tenga ganas de reír —Ambler hizo un gesto hosco—. Es verdad. Perdona, había olvidado ese detalle.

—Christine Dwan se colgó en la cocina. De una viga.

—¿Por qué supone, entonces, que alguien la influyó para ello?

—La infeliz lo dejó escrito. Lástima que no mencionó a la persona. Decía en su despedida de este mundo que no culparan a nadie de su muerte. Que una persona, buena amiga suya, presente en esta casa, le había dado el mejor consejo repetidas veces, y había decidido seguirlo. Ese consejo era el suicidio.

—Suena espantoso —se quejó Orwell, sombrío.

—Lo es, señor Orwell —afirmó John Corman gravemente—. Es un crimen frío, deliberado y perverso. La obra de un loco. Pero de un loco astuto, inteligente, cerebral y raramente lúcido para la maldad.

—Un ser capaz de las mayores aberraciones criminales —admitió Orwell amargamente—. Por favor, aunque todo eso sea sabido de ustedes, ¿podrían explicarme el resto? La muerte de ese otro hombre, Leonard Boyle... y el asesinato del propio doctor Corman.

—Yo puedo hacerlo tan fácilmente como el amigo John —terció con lentitud Shirley Dillman—. Estaba entonces aquí y recuerdo muy bien los detalles. Leonard Boyle era un enfermo mental a quien se le encontró en las exploraciones un coágulo en el cerebro que era la causa de todas sus alteraciones psíquicas. El doctor Corman era algo más que un psiquiatra. Era un soberbio neurocirujano. Se ocupó del caso. El doctor Connery fue su ayudante.

—Y yo su enfermera —terció dulcemente Hazel Knox.

—La operación resultó bien en principio. Pudieron mover el coágulo cerebral y devolver la normalidad mental al paciente, salvando al mismo tiempo su vida —prosiguió Shirley Dillman. Usted, señor Orwell, que era un paciente nada peligro so y sólo afectado por una intensa amnesia parcial, era también por entonces ayudante del doctor en ciertas cosas. Parecía gozar usted de su confianza.

—Eso no resulta halagador en estos momentos —sonrió Orwell, forzado—. Recuerdo que quizá alguien de la total confianza del doctor Corman fue quien le hizo firmar el alta de un loco peligroso, dándolo como totalmente curado.

—Es sólo una posibilidad —sonrió John, impávido—. Prosiga, señorita Dillman. Lo está haciendo muy bien.

—Gracias, John —la espléndida rubia tomó aliento y reanudó su relato, escuchado en silencio por todos los demás—: Lo cierto es que, justamente la noche siguiente a la operación cerebral, ocurrió la tragedia. De repente, en la estancia especial reservada al paciente, se oyó un grito de alarma agudo. Había motivos para ello. La señorita Knox, enfermera encargada de su cuidado, al regresar de hacer café, durante su velada, había hallado desconectados los sistemas de respiración y suero del enfermo. Este se hallaba en trance agónico, ya que su cerebro aún no funcionaba a plenitud y por tanto, tampoco su sistema respiratorio. Además, la hemorragia de sus venas, al desprender la aguja del tubo de suero, era irreversible ya, pese a cuanto se intentó. Leonard Boyle murió en la misma madrugada, pese a cuanto se hizo por evitarte.

Recuerdo que todos los pacientes asistimos a su final, llenos de terror.

—¿No fue un accidente? —suspiró Orwell.

—Pudo ser un accidente —suspiró John—. Pero no lo fue. El enfermo no se había podido mover con la suficiente violencia para provocar ese caos, estando bajo los efectos de un poderoso sedante, y en su condición de entonces. Tampoco pudo desprenderse todo a la vez, por un fallo casual, puesto que se comprobó que una mano humana había intervenido en la maniobra. Uno de los sistemas de respiración artificial había sido desconectado manualmente, desde fuera de la campana plástica en que se hallaba el paciente. Y esa campana había sido movida posteriormente, para desconectar a la vez el suero venoso. Era obvio que intervino alguien para matar a Leonard Boyle.

—¿Algún motivo posible para ese crimen? —indagó Orwell.

—Ninguno —resopló John —. Como en el caso de la pobre muchacha, simple maldad, perversión enfermiza. Un loco asesino, eso es todo.

—Y llegamos al doctor Corman —sentenció Orwell, pensativo.

—Eso es. ¿Quién puede relatar mejor lo sucedido al doctor Corman? —indagó John.

—Yo —débil pero con firmeza, Hazel Knox, la pelirroja enfermera, dejó su copa de brandy sin vaciar, apartó suavemente a Ambler, logrando por vez primera mostrarse más fuerte que él en alguna cosa. Osmond dudó, mirándola con cierta cólera, pero terminó por ceder, apartándose de ella. Hazel prosiguió suavemente, la mirada perdida en la oscuridad de la casa, más allá de la puerta —: Aquel día, las altas de los pacientes estaban ya dispuestas. Los pacientes únicos que teníamos en el asilo eran ustedes: Osmond Ambler, con quien ya tenía yo cierta confianza afectuosa, el señor Ramsay Clemens, el señor Kevin Orwell y usted, mi querida amiga —miró a Shirley Dillman, que sonrió asintiendo—. Después, esperábamos la llegada de un coche con varios nuevos pacientes, para iniciar otro de nuestros periodos habituales de curación, según los métodos del doctor Corman, de terapia en grupo. Recuerdo que, en ese momento, el doctor me dijo que fuese a su despacho lo antes posible, porque había un grave error, indudablemente, en la lista de altas, y una de ellas, al menos, tenía que ser totalmente falsa. Eso me sorprendió e inquietó, porque era la primera vez que sucedía. Por cierto, que de no ser por una pura casualidad, ustedes todos hubieran salido de allí con su alta, cuyo duplicado obraba en mi poder, sin estar presente el doctor, de no mediar una casualidad que lo alteró todo: el doctor se tenía que ausentar ese día a Londres, y el doctor Connery y yo nos ocuparíamos de la salida de unos pacientes y el ingreso de otros. Pero demoró el viaje, regresó de la estación al asilo-residencia, y sorprendentemente, me hizo esa revelación, antes de entrar en este despacho para hacer unas averiguaciones personales de gran importancia, según dijo, sobre los culpables de las muertes de Christine Dwan y Leonard Boyle.

—¿«Los culpables»? —repitió Orwell, arrugando el ceño—. ¿Eso dijo? ¿Lo citó en plural?

—Exacto. El doctor Connery estaba cerca y pudo oírlo así. Usted también, señor Orwell —sonrió la joven enfermera pelirroja—, Pero, evidentemente, usted no puede recordarlo...

—Cierto —suspiró -Kevin, mordiéndose el labio—. Y mucho que lo lamento. Prosiga, por favor, señorita Knox...

—Le dije que acudiría en cuanto me llamase. El afirmó que no tardaría más de un cuarto de hora en hacerlo, apenas comprobase una serie de puntos que le permitirían descubrir un complot criminal dentro de su establecimiento. Cerró, dejándonos anonadados a todos. El doctor Connery y yo nos miramos perplejos. Usted, señor Orwell, comentó algo y se alejó, sin hacer comentarios con nosotros directamente. El doctor Connery fue a su tarea, yo subí a completar la recogida de equipajes de todos ustedes, dados ya de alta, y me

sorprendió la demora del doctor en llamarme. Pasados tres cuartos de hora, decidí acudir yo al despacho y llamar, por si se había olvidado ya del asunto, puesto que ustedes tenían que partir, y antes era preciso aclarar la cuestión.

—¿Así lo hizo?

—Sí —Hazel Knox se estremeció, acurrucándose contra Ambler, como buscando protección en él—. Así lo hice y... nadie contestó en principio. Eso me alarmó, tras repetir en dos ocasiones más, porque el doctor Corman acostumbraba a atender siempre a quien llamaba a su despacho, por ocupado que estuviese. Abrí la puerta, tras una indecisión, y entré, justo cuando el doctor Connery también aparecía en la escalera, acompañado del señor Clemens que llevaba su maleta en la mano.

—Es cierto —asintió Clemens, lomando el hilo del relato de la enfermera —. La oímos gritar agudamente apenas cruzaba el umbral de la puerta. Corrimos hacia ella, y nos asomamos a esta biblioteca. Vimos al doctor Corman, tendido sobre su mesa de bruces, sobre un charco de sangre. El horror nos dejó petrificados.

Instintivamente, todos dirigieron una mirada a la mesa despacho, pesada y magnífica, que ocupaba un ángulo de la sala. La persona más próxima a ella era Shirley Dillman. La rubia joven se apartó de ella de modo mecánico, como si de repente el mueble se hubiera convertido en algo vivo y amenazador.

—¿Qué había sucedido, exactamente? —indagó Orwell.

—Una pesada estatuilla de bronce con el pie de mármol, situada sobre un alto estante, allá entre esas dos estanterías —señaló John hacia un punto de la biblioteca, sobre sus cabezas—, se había precipitado sobre el cráneo de mi hermano, aplastándolo. Yacía con el rostro pegado a la mesa, y la nuca destrozada por el impacto.

—¿No pudo ser accidente?

—Eso dijo la encuesta oficial, tras muchas dudas. Nadie pudo probar que alguien desprendiera de allí la estatuilla, golpeando con ella a mi hermano. El caso se cerró con ese veredicto de muerte accidental.

—Pero usted no cree que lo fuese, ¿verdad, John?

—No, no lo ere, Orwell. Hay razones para pensarlo, ¿no?

—Si, evidentemente, las hay —aceptó lentamente Kevin—. El habló de unos «asesinos» presentes en este lugar. Y de una falsificación de firma para un alta médica que no debía concederse. Pero los asesinos pueden ser solamente dos. O uno, si su hermano estaba en un error.

—No. No creo que hubiese error —rechazó con viveza John—. El era metódico, frío y minucioso en sus cosas. Si dijo «asesinos», es que había más de uno.

—Pero lo lógico es suponer que sólo hubo dos. Y que uno de ellos, o ambos si eran cómplices, mataron al doctor Corman para evitar ser desenmascarados.

—Es una buena teoría. Yo la he aceptado previamente también. Pero no quiero correr riesgos. Deseo pensar que pudieron ser tres hechos aislados, cometidos por personas distintas, para así no dejar ningún cabo suelto.

—Muerto Connery, quedamos cinco —le recordó Clemens con acritud —. ¿Sigue pensando que sólo uno o dos sobrevivirán? ¿Es eso justo, si sólo hay uno o dos criminales?

—Yo no dije eso, señor Clemens. No dije que paguen todos por sus delitos o pecados. Delito o pecado es también saber o sospechar algo y callarlo. El doctor Connery pagó por eso. Sabía demasiado y nunca quiso hablar. Cuando iba a hacerlo, forzado por las circunstancias, fue asesinado. Yo sigo pensando que el asesino o asesinos que tenemos entre nosotros, señor Clemens, seguirá matando a cuantos sospechan de él o de ellos, o saben algo de la diabólica trama que tuvo lugar entre estos muros y causó tres víctimas entonces... y una cuarta ahora. ¿Me entienden bien?

—Con toda claridad —precisó Osmond Ambler, poniéndose en pie y agitándose su silueta en la sombra al aproximarse a las luces vacilantes del candelabro—. Usted está sugiriendo que si alguno sabemos demasiado sobre esos crímenes, el asesino o asesinos *van a matarnos ahora a nosotros*, para que no hablemos.

—Exacto —rió huecamente John Corman—. Así, todos pagarán su culpa. Los que callaron por miedo, comodidad o cualquier otro motivo... y al final, irremediablemente, haga lo que haga esta noche aquí, el propio culpable, si fuese sólo uno...

CAPITULO VIII

El reloj de pie del vestíbulo era grande y pesado. Desgranó lentamente las campanadas. Con gesto mecánico, Orwell consultó su propio reloj de pulsera.

—Las tres —dijo roncamente—. Aún quedan muchas horas...

—Demasiadas —jadeó Ramsay Clemens, que hojeaba un volumen de la biblioteca, con aire distraído—. Hasta las ocho treinta no pasa el tren por el apeadero. Y ni siquiera sabemos si llegará a detenerse cuando alguno de nosotros intente detenerlo...

—Alguno de nosotros... —rió sarcásticamente Ambler—. ¿Quién, Clemens? ¿Usted, yo... o Kevin Orwell? ¿Acaso las chicas solamente?

—Eso depende de quien sea culpable o inocente —se encogió de

hombros el viajero del chaquetón de piel—. Yo, personalmente, nada tengo que temer de toda esta farsa grotesca montada por el hermano de! doctor Corman.

—¿De veras? —dudó Ambler—. ¿No era usted el hombre que falsificó la firma en el alta, para escapar del sanatorio mental del doctor Corman?

—¡Claro que no! —aulló Clemens, furioso—. En todo caso, positivamente fuese usted. Tiene todo el aspecto de ser el hombre capaz de sugestionar a una pobre chica conduciéndola al suicidio, de matar por crueldad a un enfermo grave y de asesinar a un médico porque éste descubrió la falsificación que, posiblemente, su amante facilitó haciéndole firmar un documento que él no conocía.

—¡Ese es un insulto intolerable! —rugió Ambler airada mente, congestionado su rostro, y pareciendo a punto de atacar a su acusador —. ¡Además de injuriarme a mí gravemente, está señalando a la señorita Knox, una honesta joven enfermera, de complicidad con un paciente en un delito criminal!

Parecía dispuesto a agredir a Clemens. Orwell se puso rápidamente por medio, alzando sus brazos con energía.

—Tengan los dos la fiesta en paz —cortó con aspereza —. Aquí no estamos para destrozarnos mutuamente, sino en todo caso para sobrevivir, para salir de esta pesadilla de uno u otro modo y, sobre todo, para encontrar al culpable o culpables con toda clase de evidencias, y evitar así que nuevos inocentes hallen la muerte en este horrible lugar.

—Bravo, señor Orwell —aprobó plácidamente, a espaldas suyas, la voz suave y calmosa de John Corman—. Le felicito por su serenidad. Entre todos ellos, usted parece el único personaje intachable, incapaz de cometer nada censurable. Y, sin embargo, ni siquiera usted mismo puede estar seguro de eso...

—Cierto —asintió Orwell gravemente—. Ni siquiera yo puedo estar seguro de ello. Mi memoria me juega esa mala pasada. Pude haber sido un hombre peligroso, cruel y malvado en una época de mi vida. Y, al olvidarlo totalmente, haber cambiado de personalidad c instintos. Dicen algunos especialistas, entre ellos el propio doctor Corman, que eso es posible.

—¿Mi hermano se lo dijo así? —indagó curiosamente John.

—No, no a mi, que yo recuerde —sonrió Orwell con tristeza — . Quizás me lo dijo, pero nunca he recordado tal cosa. Me refiero al hecho de que leí un artículo suyo en un antiguo tratado de psiquiatría, alusivo a las amnesias, y mencionaba ese hecho.

—Es cierto. Conozco el libro —suspiró el hombre del ferrocarril, con un gesto ambiguo—. Lástima. Orwell. Creí, por un momento, que acababa usted de delatarse a sí mismo, y que recordaba algo,

demostrando que su amnesia era falsa... o que empezaba, en realidad, a recordar el espacio en blanco de su mente.

—Ni una cosa ni otra —meneó Kevin la cabeza con pesar—. Lo siento. John. De momento, todavía no soy su hombre. Ni siquiera el testigo que, quizás, podría acusar a alguien de asesinato...

—En efecto —sonrió John Corman, dirigiéndose a una butaca alta, de orejeras, en la que se sepultó calmoso—. Pero no pierdo la esperanza de que, antes de cumplirse el plazo, llegue la solución final, en uno u otro sentido.

—Quizás no llegue nunca, John —le dijo Osmond Ambler con sarcasmo—. Y si llega, podría encontrarnos lejos de aquí. ¿Qué haría usted si resolviéramos marcharnos y no aceptar ni un minuto más su lúgubre juego?

—Nadie les retiene aquí —se encogió de hombros John—. Todos son libres de irse. ¿Por qué no lo hacen? Yo denunciaré a la policía la muerte del doctor Connery, apenas me sea posible. Nadie les impedirá marcharse, por el momento. Pero eso no impedirá que se enfrente a su propio destino. Recuerden: su tren nocturno conduce directamente a... una estación llamada Muerte. Sólo los inocentes sobrevivirán, sean cuantos sean. Pero sospecho que son muy pocos. Ya lo dije antes: uno o dos...

—¿Por qué cree eso? —era Shirley, la rubia muchacha, quien interpelaba ahora curiosamente a John Corman.

—Creo que mencioné el hecho. Uno o dos son culpables de asesinato, sea directo, por inducción maligna o provocando un accidente. Los demás lo son por cobardía o por egoísmo, encubriendo a los responsables o bien ocultando pruebas, evidencias claras, cosas que saben. Todos deben pagar esa culpa. Y aquellos limpios de toda mancha, que vuelvan en paz a su vida normal, dejando atrás las sombras de la muerte. Está escrito así.

—¿Dónde? —rugió Ambler, alterado.

—En alguna parte —rió John—. Pero está escrito, no lo dude. Es su destino. El de todos ustedes, bueno o malo...

Se hundió en el asiento, como dando por terminada la charla. Los cinco viajeros se miraron entre sí, cada vez más inseguros y llenos de inquietud.

—Estoy dispuesto a marcharme de nuevo al apeadero o al mismo infierno —gruñó Ambler de repente, paseando por la biblioteca como un tigre enjaulado—. ¿Ustedes no?

—Los pantanos son peligrosos sin un buen guía —comentó Clemens, dubitativo—. John fue un buen conductor para venir aquí. No, no me arriesgo, Ambler.

—Quedarse aquí es un riesgo mucho peor —dijo el compañero de Hazel Knox. Y ustedes lo saben.

—Sólo para los culpables, Ambler, recuérdelo —rió sordamente Orwell—. ¿Tanto miedo tiene a esa posibilidad?

—¡Váyanse al diablo! —refunfuñó Ambler, airado, saliendo con paso rápido de la biblioteca, y alejándose hacia el vestíbulo. Oyeron sus pasos, escaleras arriba.

Instintivamente, Orwell miró a Hazel Knox. Ella hizo acción de seguir a su inseparable Osmond. Shirley, afectuosa, fue hasta su compañera, la rodeó con un brazo, y murmuró cariñosamente:

—Deje que él vaya solo. Es hora de que se libere un poco de ese hombre, querida. Es absorbente, autoritario… Seguramente desea deambular por la casa en busca de los fantasmas que le atormentan… o huir de ellos, en todo caso. No tardará en volver.

—No crea que él es así —gimió la enfermera—. Más bien está necesitado de mí. No es él quien me controla, sino yo a él…

—¿Usted? —se sorprendió ella—. Pues querida, no lo parece en absoluto…

—En su modo de ser. Está enfermo. Muy enfermo. Creo que sus psicosis han vuelto a él, pese a todos los tratamientos del doctor Corman y a su alta médica, señorita Dillman. Ahora más que nunca, me necesita. Debo cuidar de él constantemente, servir de freno a sus crisis y exaltaciones… Soy más su enfermera que su amante, ¿comprende?

Sorprendida. Shirley Dillman asintió en silencio, cambiando una mirada con Orwell. Este dirigió su mirada al exterior de la biblioteca. Desde lo alto de la escalera, se veía danzar una luz en la planta superior. Era una luz tenue, amarillenta. Sin duda, un encendedor, un fósforo o una vela manejado por Osmond Ambler en su deambular por la mansión desolada.

—Voy en su busca yo —dijo Kevin con repentina decisión—. Es mejor que no nos separemos unos de otros mientras permanezcamos aquí. Esta casa tiene algo siniestro y oscuro que me da escalofríos…

Nadie objetó nada. Clemens parecía feliz quedándose con las dos mujeres y John Corman. Orwell abandonó la biblioteca, dirigiéndose a la zona de sombras. La voz apacible de este último le aconsejó, cuando pisaba ya el vestíbulo:

—Encontrará un quinqué en un mueble, a un lado de la escalera. Utilícelo, Orwell. Las sombras siempre asustan a las personas, sean inocentes o culpables…

Kevin no respondió cosa alguna. Siguió esas instrucciones. La llama azulada del quinqué iluminó la escalera. La subió, en medio de un bailoteo fantasmal de sombras inciertas. Paso a paso, ascendió hacia la planta, por donde deambulaba Osmond Ambler. Le llamó con voz clara y potente;

—¡Ambler! ¡Ambler, responda! Venga a reunirse conmigo y no

haga tonterías. No ganará nada recorriendo este caserón usted solo. Sólo logrará ponerse nervioso. ¡Ambler! ¿Dónde diablos se ha metido usted?

No recibió respuesta. Orwell clavó sus ojos en el fondo del corredor, donde una puerta abierta mostraba la luz amarilla, procedente de una de las habitaciones superiores. Avanzó decidido en esa dirección. Sus pasos le llevaron por un interminable corredor de rico artesonado, donde algunas telarañas lograban tejer su malla grisácea en torno a viejos cuadros y litografías enmarcadas en lujosa madera dorada.

Borrosamente, creyó recordar algo.

Miró sus pies. El suelo de parquet a base de formas romboides... Las punteras de sus zapatos... Los cuadros, la luz bailoteando en los muros... Sintió un escalofrío.

No... No era posible...

Orwell se detuvo, jadeando. Temblaba. Su frente sudaba copiosamente. De pronto, en su mente, se había abierto un delgado, débil resquicio de luz. Podía *recordar*.

No mucho, pero recordaba. El pasillo, los cuadros, las luces... Hubo un apagón. Sí, un apagón. Nadie lo había mencionado. Aquel día se apagaron las luces al atardecer.

¡Y entonces alguien mató al doctor Corman!

¿Por qué sabía *él* que, justo en ese momento, mataron al doctor? ¿Por qué?

Dejó de pensar en esa rendija de claridad mental. Había llegado a la puerta de la estancia donde brillaba la luz. Miró al interior.

Alucinado, retrocedió dos pasos. Lanzó un grito ronco. Casi soltó el quinqué, tal era su impresión.

Una brutal y vieja imagen se abrió paso desgarradoramente lúcida en su mente. Fue como si un destello de ciega claridad rompiera nubes y cortinas, desvelando ¡as sombras de la mente.

Ya se había enfrentado antes con la misma horrible escena.

Un cuerpo colgado del techo. Una cuerda en una viga, un ser con el cuello roto, oscilando grotesca, trágicamente en el vacío. Un ahorcado...

Entonces era una mujer joven y morena. Christine Dwan, doncella del asilo-residencia del doctor Corman.

Ahora... era Osmond Ambler, el hombre del impermeable negro. Sus ojos, horriblemente saltones y vidriosos, escapaban virtualmente de las órbitas, en un rostro amoratado y convulso por la muerte.

CAPITULO IX

—Muerto...

—Si, señorita Knox. Muerto. Su compañero, Osmond Ambler, se ha ahorcado.

—¡No es posible! —sollozó ella, amargamente, ocultando el rostro entre ambas manos—. El nunca... nunca hubiera hecho una cosa así. Amaba demasiado la vida...

—Posiblemente tampoco Christine Dwan se hubiera suicidado jamás, de no mediar una influencia perversa en su mente y en su comportamiento —sentenció con voz sorda John Corman, tras escuchar en silencio el sobrecogido relato de Orwell.

—¿Usted cree que alguien *obligó* a Ambler a ahorcarse? —indagó Clemens, inquieto.

—No lo creo. Estoy seguro —afirmó John con frialdad—. La misma siniestra persona que empujó a morir a la pobre muchacha, ha enviado ahora a Ambler a la muerte.

—Pero, ¿cómo? —preguntó Shirley Dillman, perpleja su expresión —. Todos estábamos aquí. John, mientras Ambler se ahorcaba. Nadie pudo obligarle a nada semejante...

—Se equivoca, señorita Dillman —sonrió el ferroviario—. La mente no necesita estar presente en un sitio para ordenar algo a un hombre débil o dominado. El poder hipnótico o de sugestión también puede obrar a distancia cuando quien lo posee sabe que es lo bastante fuerte para eso. Y hablo con conocimiento de causa. Yo he sido hipnotizador e ilusionista antes de ser ferroviario, señores. Ustedes tuvieron razón en algo: les hice ver las cosas que no existían. Y la complicidad del maquinista del tren, amigo mío, así como la caída providencial de aquel rayo, completaron mi obra sobre ustedes. Como ven, supe sugestionarles a todos y hacerles ver lo que yo quería.

—De modo que es cierto —se quejó Clemens—. Todo fue una farsa...

—Una farsa que condujo a esta verdad cruda y amarga de ahora —asintió John—. Hay alguien aquí que también posee poderes extraños y los utiliza para sus malignos planes. Así, a distancia, ordenó a Ambler que se ahorcase... y él obedeció, presa en la red mental de un cerebro tan perverso como desequilibrado y cruel.

—Un loco capaz de controlar otras mentes... —se estremeció Orwell—. Es terrible.

—Realmente terrible —asintió Shirley Dillman, demudada — . Y pensar que es... es uno de *nosotros* cuatro... sin remisión.

—Sin remisión —asintió plácidamente John—. Usted lo ha dicho, señorita Dillman. Uno de ustedes, ¿pero, *quién*?

Orwell y los demás se miraron en silencio. Clemens, lentamente,

se encaminó al mueble bar y se sirvió licor de nuevo, preguntando a los demás si querían algo. Todos negaron. El regresó a su asiento, tomando con lentos sorbos su alto vaso de whisky escocés, mezclado con cubitos de hielo de un pequeño congelador inmediato al mueble repleto de botellas.

Lenta, muy lentamente, Kevin Orwell seguía un proceso mental interno que nadie podía sospechar en esos momentos. Había empezado a recordar en el piso alto, poco antes de encontrar el macabro hallazgo que suponía el cuerpo ahorcado de Osmond Ambler. Y ahora, el proceso continuaba. *Estaba recordando todo*.

Dirigió una ojeada pensativa en derredor suyo. Por suerte, nadie imaginaba tal cosa. Para todos sus compañeros, Kevin Orwell seguía siendo el amnésico a quien ni siquiera pudo curar el doctor Corman antes de ser asesinado en su despache. Un hombre con un vacío en su cerebro, con una hoja en blanco en sus recuerdos.

Era curioso, pensó Orwell. Todo se veía muy diferente ahora, con la memoria recobrada. Ahora, él sabía lo que sucedió tiempo atrás. Aquella casa, aquella estancia, las personas que convivieron bajo el mismo techo de la residencia para enfermos mentales durante unos años...

El había sido testigo de muchas cosas horribles. Ahora lo *sabía*. Es más; ahora sabía por qué habían matado al doctor Corman. Por qué había muerto Ambler, impulsado por una mente maestra y demoníaca, que le ordenó *a distancia* matarse a si mismo...

Sí. Ahora, todo ora diferente. Ahora, él *sabía*...

Lo sabía todo. Incluso el nombre del asesino del doctor Corman.

Pero eso nadie lo imaginaba. Y menos que nadie, el propio asesino. Su tarea consistía ahora, pensó con astucia, en burlar a los demás, en engañar al perverso criminal de la mente enferma. Se las tenía que ver con una persona loca y peligrosísima, para quien matar era casi un placer. Si esa persona recelaba lo más mínimo sobre la recuperación de su memoria, estaba perdido. No vacilaría en matarle, recurriendo a sus extraños poderes, que él conocía muy bien.

Se aproximó a las dos mujeres. Hazel sollozaba ahogadamente en un rincón. Shirley Dillman la consolaba, aferrando su hombro de modo afectuoso. Kevin se sentó junto a ambas. Descubrió los ojos de la pelirroja anegados en llanto. Shirley miró a Kevin con tristeza.

—Pobre muchacha... —murmuró—. Está muy impresionada. Al parecer, amaba mucho a ese hombre...

—¿Amarle? —susurró de pronto Hazel Knox levantando la cabeza —. Nada de eso, Shirley. Yo no amaba a Osmond. Nunca le amé.

—Pero entonces... —Shirley miró, desconcertada, a su compañera.

—Es fácil de explicar —suspiró la pelirroja — . Osmond seguía enfermo. Su mente no se hallaba totalmente curada, por desgracia. Yo

cuidaba de él, más como enfermera que como amiga o amante suya.

—Pero él te dominaba... —murmuró Shirley, perpleja.

Es cieno. Yo me dejaba dominar —sonrió con dolor la enfermera —. Sabía que era su válvula de escape, que se sentía mejor y más seguro de sí si imponía su voluntad a los demás. Era inofensivo, pero algo violento, irritable. Me propuse cuidar de él desde que me sentí responsable de su persona por haberle permitido ir demasiado lejos en sus crisis y no haberle cuidado en el momento preciso. Fui responsable indirecta de una tragedia... y consideré que debía pagarlo de algún modo.

—¿A qué tragedia está refiriéndose, mi querida señorita Knox? —preguntó suavemente la voz de John Corman.

—Usted lo sabe bien... —Hazel le miró con ojos anegados de llanto—. Leonard Boyle... Nunca le tuvo aprecio Ambler. Ambos se odiaban por viejas cuestiones anteriores a su común dolencia mental. En el asilo del doctor Corman se enfrentaron de nuevo y estalló el drama. Fue Osmond quien... quien desconectó los tubos del enfermo...

—Dios mío... —susurró Orwell, inclinando la cabeza—. Fue Ambler...

—Si. Por eso era fácil conducirle al suicidio, si la persona que le daba la orden sabia de lo ocurrido aquí hace años. Tenía complejo de culpabilidad, aunque procuraba olvidarlo y relegarlo a su subconsciente... Yo siempre intenté purgar mi parte de culpa entregándome a él en vida y alma. Aquella noche no debí dejarle solo. El aprovechó para matar a Boyle... Ahora ya lo saben todo.

—No, todo no, querida señorita Knox —habló dulcemente John, acercándose a ella con lentitud —. Sólo sabemos que Ambler mató a Boyle. Pero no sabemos quién obligó a Christine Dwan a ahorcarse, ni repitió la maniobra con el propio Ambler...

En aquel momento, un grito ronco, quebrado, sonó a espaldas de ellos. Fue como un estertor agónico, el jadeo roto de un ser que estaba muriendo...

Se volvieron con sobresalto. Miraron a Ramsay Clemens. Estaba congestionado, boqueaba desesperadamente, y de su mano se desprendió el vaso de *scotch*, estrellándose en la moqueta. Los cubos de hielo rodaron sobre ésta.

—Dios... —jadeó Clemens, con ojos dilatados y vidriosos, mirándoles aturdido—. Me... me estoy... muriendo... Maldita... maldita... ase...sina...

Miraba fijamente a Hazel Knox al hablar. Avanzó, tambaleante, hacia ella, con manos crispadas, amoratándose su rostro por momentos. Antes de alcanzarla, cayó de rodillas. Su voz tartajeó roncamente:

—Socorro... Ayúdenme... Por favor...

Luego, se desplomó violentamente, de bruces. Su cuerpo golpeó el suelo. Y se quedó inmóvil. John y Orwell corrieron hacia él. Kevin se inclinó, examinándole. Alzó la cabeza. Miró a John Corman.

—Está muerto... —jadeó.

Corman no dijo nada. Alargó la mano y tomó el fragmento de vaso roto, que pertenecía al fondo del recipiente. Olfateó su interior. Lo soltó, con gesto sombrío.

—Almendras amargas —susurró—. El whisky lo disimulaba un poco.

—Veneno... —silabeó Orwell, incorporándose lentamente.

—Cianuro —confirmó Corman con gravedad —. Le han asesinado.

Y miró acusadoramente a alguien...

—Mencionó la palabra «asesina»... —susurró Kevin.

—Si —John se volvió, mirando a ambas mujeres, que se abrazaban entre sí, sobrecogidas, con expresión de horror—. , Ahora, al menos, ya sabemos algo: *una de las dos mujeres* es la culpable, señor Orwell...

Este asintió. Miró duramente hacia la enfermera pelirroja y hacia la rubia y hermosa Shirley Dillman. Su voz sonó helada, incisiva:

— Lo sé, John, lo sé. Siempre lo supe, pero no lo recordaba. Dios mío, debí decirlo antes... y Clemens hubiera vivido. Estaba dispuesto a hablar, a decir quién mató al doctor Corman. Por eso ella le mató...

—¿*Ella*? —jadeó John, mirándole fijo—. ¿*Quién*, Orwell? ¿Ya lo *recuerda* usted?

—Sí —asintió Kevin amargamente. Miró a Hazel, la bonita y pelirroja enfermera. Hila retrocedió, asustada, ante su mirada. Orwell sonrió. Luego, dirigiendo sus ojos helados ¿hacia la otra mujer, dijo con dureza — : Shirley Dillman, *tú mataste* al doctor Corman, a Christine Dwan, a Osmond Ambler, al doctor Connery... y ahora a Ramsay Clemens, ¿no es cierto, querida?

La rubia y exuberante belleza miró a Orwell con sorpresa y crueldad. Luego, soltó una carcajada extraña, aguda, casi inhumana. Sus ojos brillaron, malignos.

—¿De modo que al fin has recordado, Orwell? —silabeó—. Sí. Yo maté a todos ellos..., pero ahora os voy a matar a vosotros, malditos estúpidos...

Y al clavar sus ojos hipnóticos y profundos en el mueble-estantería donde reposaban diversas figuras de pesado bronce y pedestal de mármol como adorno, ocurrió algo fantástico y terrible. Algo que Orwell ya sabía y que había olvidado durante años.

¡Las estatuas todas, pesadas y mortíferas, se desprendieron de los estantes, como algo vivo, y se precipitaron igual que poderosos proyectiles, contra las cabezas de Hazel Knox, John y Kevin Orwell!

* * *

Todo sucedió en breves y dramáticos segundos de máxima tensión, durante los cuales la vida de todos ellos pareció pender de un delgadísimo y quebradizo hilo.

Las figuras de bronce y mármol, la más liviana de las cuales sobrepasaría con creces las diez libras de peso, volaban materialmente sobre ellos, disparadas desde sus estanterías como en un alarde de pura magia.

Hazel Knox gritó, aterrada, ocultando el rostro entre sus manos. Kevin corrió hacia ella para protegerla instintivamente, mientras los maléficos ojos de la hermosa Shirley Dillman parecían guiar y controlar aquellas figuras inanimadas en un aquelarre dantesco, en que los metales y piedras parecían cobrar vida propia.

— ¡Telequinesia! —rugió Corman—. ¡Era eso!

Y el ferroviario, sorprendentemente, se situó delante de ellos, recibiendo sobre su cuerpo y cabeza el impacto inicial de todas las estatuillas dirigidas por el siniestro poder parapsicológico de Shirley Dillman.

No parecieron afectarle los impactos que podían ser mortales. Repentinamente, las estatuillas parecían haber perdido gran parte de su virulencia contundente, y se limitaron a martillear el cuerpo y rostro del interventor de trenes sin siquiera hacerle caer. Shirley gritó, dando al parecer órdenes mentales que hicieron recobrar la potencialidad a las estatuillas. El poder telequinésico de la rubia, inyectó energía a los cuerpos inanimados, que se despegaron de Corman, para amenazar de nuevo la integridad y la vida de Orwell y de la enfermera.

Las estatuillas oscilaron, se elevaron, comenzaron a volar hacia Orwell…

John se irguió en ese momento, alzó sus brazos en ademán impresionante, y sus dedos parecieron disparar ondas invisibles contra las figuras amenazadoras. De súbito, éstas se volvieron hacia Shirley Dillman, se dispararon vertiginosamente en su dirección…

También las botellas del mueble-bar habían empezado a elevarse en el aire, como nueva andanada contra los amenazados. Pero igualmente, todos esos recipientes de vidrio se desviaron de su ruta, volando hacia Shirley Dillman.

Hubo como un choque de poderes, un enfrentamiento ti tánico y sordo entre la fuerza de John Corman y la de Shirley Dillman. Por un momento, viendo aquel loco, delirante bailoteo de cuerpos contundentes en el aire, Orwell temió lo peor.

Pero John triunfó. El misterioso funcionario de ferrocarriles tenía

mayor poder telequinésico, al parecer, que la propia Shirley Dillman. Figurillas de bronce y mármol, botellas, objetos metálicos e incluso cortapapeles y cuchillos, volaban ya hacia ella vertiginosamente.

Y todos hicieron blanco en la bella dama rubia...

Shirley gritó, aterrada, cuando hojas de acero y vidrios pulverizados se clavaron en sus poderosos senos, provocándole heridas y cortes profundos. Fue como si todo su enorme poder de movimiento de objetos a distancia, se volviera contra ella ferozmente.

Shirley Dillman se desplomó, golpeada por toda la furiosa energía que ella había desencadenado para aniquilar a los demás. Se agitó en la moqueta, desangrándose, con gravísimas heridas en su cráneo, rostro y cuerpo, de las que era imposible recuperarse.

—Lo siento —susurró John amargamente—. Sólo la muerte podía detener su siniestro poderío mental.. Era algo más que una sugestionada poderosa, Orwell. Poseía facultades telequinésicas muy fuertes... Y todo eso, al servicio de su mente enferma, de su locura homicida...

—Lo sé, John —asintió Orwell con tono sombrío, abrazado aún a la sollozante y pelirroja enfermera —. Lo recordé hace poco, cuando la laguna mental se me disipó al fin. Yo... yo había presenciado la muerte del doctor Corman. Asomé cuando gritaba, le vi luchar en vano contra la estatuilla, que parecía tener vida propia y se le venía encima... No pudo hacer nada. La estarna viviente le aplastó el cráneo. Entonces me volví, vi a Shirley Dillman, mirando fijamente desde el vestíbulo al interior... y comprendí. Entonces me desvanecí. Al recuperarme, había perdido la memoria parcialmente otra vez, y no recordaba nada. Eso me salvó entonces. Si no, ella me hubiera eliminado implacablemente.

—Y yo pensé por un momento que Clemens acusaba a Hazel Knox...

—No. Le pedía ayuda, porque recordaba que ella era enfermera. El sabía de alguna forma que Shirley Dillman era peligrosa, que no estaba curada cuando salió de este lugar hace años. También su hermano lo sabía, John. Por eso le mató. No fue Hazel la que falseó ese alta para una loca incurable, sino la propia Shirley, a través de alguien en quien el doctor Corman confiaba ciegamente.

—¿Quién? —se interesó John, mirándole con fijeza.

—Yo. John. Yo —suspiró Orwell—. Yo falseé ese documento. Gozaba de la confianza del doctor Corman, porque estaba curado de mi psicosis aunque no totalmente de mis amnesias parciales... Ella, de algún modo, me sugestionó y obligó a poner a la firma, entre los documentos del día para el doctor, el de su propia alta... Era una mujer inteligente, peligrosa, dueña de extraños poderes psíquicos... pero tremendamente enferma de la mente. Una loca que gozaba

haciendo daño a los demás… Debió arrojar el cuchillo contra la espalda del doctor Connery sin necesidad de empuñarlo siquiera. Le bastaba con su telequinesia… su poder para mover objetos a distancia…

John afirmó. Ambos hombres miraban sombríamente el cadáver ensangrentado de Shirley Dillman, la diabólica mujer víctima de sus propias armas.

—Y usted… usted poseía igual poder que ella… —gimió Hazel, demudada.

—Por fortuna para ustedes, si —asintió John lentamente—. Poseo poderes que son algo más que simples trucas de teatro, amigos míos… Y. como ya les previne, todo ha ocurrido de acuerdo con mis previsiones. Dos personas sobreviven a este viaje. Las demás, llegaron a la estación de destino que creyeron ver en sus billetes…

—Nosotros, por tanto, somos los inocentes. Hazel y yo.

—Sí, Orwell Vuelvan a la vida. A su mundo. El tren de la mañana les llevará.

—¿Y usted, John?

—A mi déjenme aquí ahora —sonrió John, encogiéndose de hombros—. Me encuentro bien en esta casa. Deseo permanecer solo un tiempo, cerca de esa tumba. Ustedes váyanse ya. No vayan a perder ese tren de la mañana. En su recorrido pasa cerca de esta casa. Es posible que me despida de ustedes cuando pasen en él… Buenos días, amigos míos. Y que sean felices los dos. Creo que se lo han ganado.

* * *

John tuvo razón, una vez más.

El tren de la mañana les recogió puntualmente en el apeadero, gracias a que las señales insistentes de ambos, desde las vías, fueron atendidas por el maquinista. Subieron a bordo. En la siguiente estación informarían a la policía de todo. Regresaban a Londres, no iban hacia el norte. Nada tenían que hacer ya allí.

Hazel se dejaba rodear por el fuerte brazo de Orwell. Parecía serena y reconfortada por el trato afectuoso de él. El tren rodeó una amplia curva. Iban a pasar a poca distancia del viejo asilo-residencia del doctor Corman.

Kevin pidió unos, prismáticos a un compañero de compartimiento. Este, gustoso, se los cedió. El joven los enfiló hacia la casa de los marjales.

Allí estaba John. Le vio volver la cabeza, mirar hacia el tren. Su rostro, a la luz matinal, nubosa y lívida, aparecía ceniciento. Parecía

más flaco y fantasmal que nunca.

Estaba en pie junto a la tumba de su hermano, el doctor Arnold Corman. Le vio sonreír, agitar su brazo hacia ellos, en muda despedida.

Después...

Después, cuando iba a entregar los prismáticos a Hazel para que mirase, ocurrió algo increíble.

John Corman, el hombre del ferrocarril, se inclinó. Alzó la lápida de la tumba.

Y entró en ella, lentamente, con aire cansado. Luego, la lápida cayó suavemente sobre el hueco. Se encajó. Ya no había nadie en el desolado jardín.

—Dios mío... —los binoculares cayeron de manos de Orwell. Pálido, se volvió hacia Hazel. La atrajo hacia sí, ante la sorpresa de su vecino de asiento, y la apretó con energía, besando su frente, su mejilla, sus labios carnosos...

Ella le miró, entre sorprendida y emocionada. Evidentemente, la caricia le había gustado. Mantuvo sus labios pegados a los de él. La casa de las marismas se perdió en la curva. El vecino de asiento, discretamente, carraspeó y miró hacia otro lado.

—Kevin... —susurró la joven enfermera—. Kevin, ¿qué ocurre?

—Nada —musitó él, moviendo negativamente la cabeza—. Sólo me pregunto... me pregunto si el doctor Corman tuvo alguna vez un hermano en realidad.

—Pero entonces... entonces, ¿*quién* era John?

—Si, ésa es la pregunta: ¿quién era John? —miró a la casa, ya invisible tras la arboleda de los flancos de la vía. Meneó la cabeza, sobrecogido—. En aquella lápida sólo había un nombre... el del doctor Corman. — ¿Y...?

—Me pregunto... me pregunto si alguna vez... un hombre volverá de la tumba para desenmascarar a su asesino.

El vecino de asiento debió oírle. Les miró como si estuvieran locos. Tomó sus prismáticos, recogió su maletín, balbuceó una torpe escusa, y abandonó el compartimento. Orwell sonrió tristemente. Atrajo hacia sí a Hazel Knox.

Y esta vez no tuvo que besarla. Ella se adelantó a eso. Se abrazaba a él como necesitada de protección, de compañía.

Y también de amor.

FIN

[1](1) En Inglaterra y otros países anglosajones, al interventor o revisor se le llama «conductor», aunque para nosotros resulte raro ese apelativo, por no tener nada que ver tal funcionario en la conducción propiamente dicha del convoy. *(N. del E.)*

[2](1) Death: en inglés, muerte.

